25642
D-26494

HIGIENE Y EDUCACION

DE

LA VOLUNTAD

POR

EMILIO ZURANO MUÑOZ

ABOGADO

VII
40

MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6
—
1910

BIBLIOTECA PUBLICA BURGOS

HIGIENE

Y

EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

R.-54.243

HIGIENE Y EDUCACION

DE

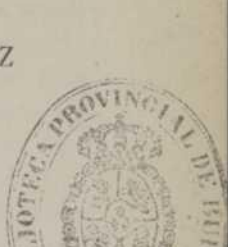
LA VOLUNTAD

POR

EMILIO ZURANO MUÑOZ

ABOGADO

B.P. BURGOS
N.R.
A.C. 99115
25642



MADRID
IMPRENTA DUCAZCAL
Plaza de Isabel II, núm. 6.

1910

Al Excmo. Señor

D. Manuel M. José de Galdo

Bien quisiera que los méritos del libro correspondieran á tus bondades y talento, y que fuera digno de la gratitud que te debo. Tú, que con generosidad ilimitada, en aquellos días angustiosos de las provincias de Levante por la inundación del 14 de Octubre de 1879, fuiste el portador de la caridad inagotable de este hermosísimo pueblo de Madrid, allá, en los antros de la ignorancia, donde tanto español sumido en sus tinieblas espera ansioso que los Gobiernos se ocupen más de la cultura y del bien común de la Patria que de una política estéril, que de día en día nos achica; de aquellos campos, digo, me sacaste de entre las duras faenas del arado y de las inclemencias que abundantes y amargas ofrece el pastoreo; justo es que hoy, que cojo la pluma para dar al público algo que quisiera fuese digno del mismo y de la deuda sacratísima de gratitud que guardo desde el fondo de mi corazón, tu protegido lo dedique á tu memoria.

Emilio Zurano.

PRÓLOGO

Lector: «Todo libro tiene algo bueno y algo malo»; lo que puedas encontrar en éste de lo uno ó de lo otro, tú lo has de ver; formula tu juicio, sin más recomendación que tu libérrima voluntad, y yo, silencioso y contrito, espero tu fallo: no te pido suplicante que seas compasivo y tolerante conmigo, porque ya será mucha pena la que te doy si lo lees y no te agrada; añadirte suplicios, que no tienes obligación de soportarme, cuando menos, es inocente.

Bueno es que te advierta que no me propuse divertirte, sino estimularte, á ser posible, por si en algún momento sintieras cansancio ó desmayo en la lucha por la vida: no pretendo enseñar, porque es misión muy elevada; pero sí puedo decirte que la constancia da una especie

de educación, de la que se obtienen excelentes resultados; inténtalo, si lo crees hacedero, y los hechos hablarán.

No he querido buscar la recomendación del talento que apadrinase con un prólogo este libro, prodigándome elogios que tú habías de destruir si no los merecía, y esto es mejor, que, pues, tendrás tu alma en tu lugar, á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga, que premios inmerecidos, más envilecen que elevan, y castigos justos, estimulan y despiertan energías dormidas, donde las hubiere.

Queda esperando en estrados tu veredicto, el autor,

EMILIO ZURANO.

BIBLIOTECA PUBLICA

I

LIBERTAD EN LA FORMACIÓN DE JUICIOS
PREOCUPACIONES

La voluntad es la que dirige nuestras acciones, tanto más activos somos cuanto mayores son sus energías; la voluntad y la libertad funcionan como fases de un mismo todo; pero la educación de nuestra voluntad puede hacernos devotos y exploradores de la verdad, ó velarla de tal forma, que jamás podamos recrearnos ni gozar de sus bellezas y hermosuras.

Podemos dirigir nuestra actividad con decisión hacia un punto determinado para satisfacer una noble exigencia de nuestro espíritu, pero nuestra libertad no lo será tanto que permita la investigación de la verdad si preocupaciones anteriores tuercen su decisión; nuestra inteligencia se nutre de aquellos conocimientos que le proporciona la voluntad libremente dirigida al objeto que deseamos conocer, y ya tenemos planteado el problema que nos proponemos estudiar.

La higiene, en el orden físico, determina medios para que la función de los órganos se desenvuelva en perfecta armonía con la finalidad del todo.

Esto mismo sucede con los órganos que desenvuelven la acción de nuestra voluntad.

La investigación de la verdad reclama intensidad y fuerza para llegar al conocimiento de la misma.

Las tradiciones, el ambiente en que se vive, lleno de preocupaciones y errores, la encubren más de una vez; el constante trato con las cosas reales crea en nuestro ánimo un estado de familiaridad vulgar con la misma naturaleza que fenómenos que hieren nuestros sentidos no despiertan el deseo y la voluntad de que los interroguemos, conociendo y desentrañando la causa que los motiva.

Esto, que á primera vista tiene mucho de una perogrullada corriente, es lo que sirve de base al progreso de la actividad humana; porque siente afanes y ansias de llegar y de buscar el eterno *más* que hace la vida más agradable; porque siempre tenemos que desear; ¡desgraciado de aquel que nada ambiciona, que es cadáver en descomposición en el campo de la batalla de la vida!

La naturaleza entera se despliega en torrente inmenso y vertiginoso por los infinitos del Tiempo y del Espacio; siempre en eterno movimiento, jamás interrumpido, en cuya cinta sin principio ni fin cada átomo es un hilo de

tan enorme tela que, regido sin cesar por leyes eternas y supremas, entra y sale con incansable movimiento, lo mismo en la composición del invisible animal microscópico, que en las masas inconmensurables de una nebulosa.

En estar preparado para sorprender las leyes que rigen ese Todo infinito, consiste en poder ser un obrero de la Ciencia.

Cuando las facultades del pensar son libres para poder ver y comprobar lo que nos proponemos conocer, entonces podemos acercarnos á la realidad á preguntarle cuál es la *x* de la incógnita que deseamos resolver.

En lo que viene, en el *futuro*, está la libertad; en lo *pasado*, se halla el fatalismo cerrado, sin que haya quien pueda desviar lo que fué.

Parece como si fuésemos á tratar asuntos de poca importancia, y es extraordinaria la que tiene. De la observación directa y la experiencia de cómo es la realidad en que vivimos, depende todo el progreso humano, pues al fin no es más que suma progresiva de conocimientos.

Aunque parezca paradógico, vivimos dentro de una cantidad de equivocaciones, consagradas unas por la ley, otras por las falseadas derivaciones de la verdadera religión, muchísimas por el impulso del tiempo y hasta por la costumbre, y de tal manera son tapias para la adquisición de la verdad, que ya puede probarse hasta la evidencia el error; que la humanidad seguirá, como la lapa, adherida á su equivocación en tal forma fanatizada, que antes que desprenderse de

ella, estará dispuesta á verter su sangre en estériles luchas; decia Lafontaine, hablando de este mismo tema, que la humanidad estaba siempre más dispuesta á creer en lo misterioso é imposible, que en la verdad tangible de la ciencia, que á todas horas nos sale al paso á saludarnos; ingerir una verdad en la conciencia pública os costará años, quizás siglos, y esto quizá con el sacrificio de mártires de la ciencia que pueblan la Historia; lo que sostenia Colón, Galileo, Fulton, Claudio Chape, Miguel Servet y tantas otras víctimas del error fanático, lo sabe hoy cualquier chico de la escuela; que la tierra es redonda y no plana; que la tierra se mueve alrededor del sol, y que no es el centro del mundo; que el vapor impulsa las naves para poder atravesar los mares sin esperar el viento; que por medio del telégrafo se podía comunicar el pensamiento; que la circulación de la sangre en el organismo vivo es un hecho comprobado, etc., etc., y sin embargo, ¡quién fuera tan dichoso habiendo nacido unos siglos después, para ver cosas que hoy tenemos por ciertas, por la obstinación de no querer pensar, convertidas en errores, tal cual ellas son! Porque *la verdad es impasible al conocimiento humano*, pues antes de que el hombre estuviese convencido, la tierra era redonda y giraba sobre su eje y alrededor de su centro; la comunicación del pensamiento á largas distancias era posible y la circulación de la sangre en los seres vivos existía antes de que el hombre habitase el planeta; y

así son todos los errores consagrados por tradiciones erróneas; ese es, pues, un estado patológico de la voluntad amarrada al carro de la rutina, de la que cuesta Dios y ayuda el separarla.

En el orden práctico del trabajo humano, cada innovación, mejorando el resultado en facilidades de tiempo, dinero y perfección, cuestan un verdadero triunfo el convencer á las gentes: así lo hizo mi abuelo, con ello le fué bien á mi padre y yo no debo hacer lo contrario; esto es tremendo de vencer en la Industria agrícola, en materia de educación y en casi todos los órdenes de la actividad, donde separándose con increíble tenacidad de la demostración de la verdad, persisten en su ciega obstinación, aunque lo contrario les inunde con los reflejos de su palpable exactitud.

¡Qué facil ingerir en la conciencia pública un error, y qué difícil introducir una verdad probada con todo el cortejo de sus beneficiosas consecuencias! La voluntad, enferma de prejuicios, cierra tenazmente los ojos al conocimiento que lógicamente conduce á la posesión de la certeza antes que atropellar un fantasma de la imaginación, del cual hace su ídolo.

II

CULTURA Y EDUCACIÓN

La educación y la cultura son á la voluntad lo que el cultivo á las plantas: cuando ambas faltan, la voluntad carece de rumbo fijo y dirige su acción en el sentido de las cosas que más inmediatamente le afectan; artistas eminentes se habrán malogrado cuidando de los rebaños de ganado ó encalleciendo sus manos la dura mancera del arado, y quién sabe si alguno de esos genios sepultados en semilla habrían resuelto problemas cuya solución le esté negada á la Humanidad; el descuidar la educación y cultura de un niño es, no sólo un crimen individual, es una lesión social de incalculable daño: la voluntad de cada uno de nosotros tiene una potencia latente que se desenvuelve en razón del medio en que vivimos; pero esa cantidad de energías con que la Naturaleza nos dota, nosotros no podemos alterarla; es susceptible de mejora por la cultura y la educación, por virtud de la cual, á más de ser mejores para la sociedad, también

somos más felices en las hermosuras del bien, que, al realizarlas, satisfacemos ansias morales de nuestro espíritu.

Ahora bien; ¿somos todos y cada uno de nosotros como querríamos ser? Indudablemente que no, puesto que desde luego puede afirmarse que todos, sin excepción, desearíamos que la Naturaleza nos hubiese adornado de mayores perfecciones, pues aun dentro de la misma flaqueza de nuestros juicios propios, que siempre nos juzgamos mejores, no desconocemos que querríamos ser más perfectos; luego somos nosotros mismos quienes somos, *porque somos así y no de otro modo;* es decir, yo, como tal, dejaría de ser yo mismo, si no tuviese todas mis imperfecciones y perfecciones, físicas y psicológicas, que son las que determinan la característica de mi individualidad, pues con una más ó una menos dejaría de ser; en el lenguaje usual se expresa esto admirablemente cuando decimos de alguno que ha modificado en parte sus condiciones: «Parece otro.»

Pero si dentro de nuestras facultades tenemos libertad para dirigir nuestras acciones en el sentido que nuestros deseos la lleven, estos apetitos de nuestra voluntad llevarán el sello de nuestra cultura y educación siempre, porque habrán sido á modo de abonos y cultivos que habrán caracterizado nuestras inclinaciones.

El ambiente en que nacemos forma parte esencial de nuestra naturaleza; cada individuo desenvolverá su actividad en virtud de sus la-

tentes energías, pero dentro de las tendencias de su cultura y educación; de aquí el grandísimo interés que para la educación y la cultura de un pueblo supone la filosofía de la enseñanza en las escuelas, á fin de evitar torcidas direcciones en la juventud que ha de laborar en la investigación y en todos los ramos de la actividad humana, sin descuidar los del orden moral que, levantando la mirada sobre los bienes materiales, ni desatendidos ni limitados en su más amplio desarrollo, queden sin cultivo las virtudes que hacen á los hombres lo bastante dichosos para procurar su bien y el de sus semejantes, y que cada uno lleve en su cultura como clavadas las altísimas ideas de justicia que hacen á una sociedad apta para los progresos de la Industria y del Trabajo y prosperidad de las ciencias todas: ciencias de todos los progresos materiales y ciencias de todos los progresos morales; que la riqueza material sin el fondo moral es como árbol inmenso sin hojas y sin flores y frutos; procuremos hombres sabios, pero buenos.

Si fuésemos tal cual debíamos ser, todo lo que nos mortifica de los hechos que afectan nuestra voluntad, los tomaríamos tal cual ellos son; es decir, veríamos cosas reales, siendo como debían ser, y más que de contrariedad serían enseñanzas para nosotros, que constantemente nos harían mejores; nos enseñan, es verdad; pero llevándose aristas de nuestras propias condiciones que van redondeando, pero dejando su huella dolorosa; precisamente por esto la an-

cianidad ha merecido en la Historia los respetos de la experiencia y se la ha escuchado en todas las direcciones de los pueblos.

Si fuéramos conformes al ideal, esas enseñanzas de los hechos, en vez de rayar y destrozar nuestra existencia por las contrariedades que nos proporcionan, nos fortalecerían, no por el hecho de verlos pasar con indiferencia, sino porque estudiándolos en su fundamento sacaríamos de ellos resultados que nos mejorarían; aquí radican nuestras debilidades y flaquezas que la enseñanza de la Moral fortalece: educación y cultura.

Precisamente por no ver lo que la realidad es, empeñados en que las cosas sean como nuestra imaginación las forja, separándose de la verdad, lo mismo el individuo que la sociedad, sufre tan tremendas caídas, pero antes que desprenderse del ídolo de su amada mentira, cae y vuelve á caer hasta que una herida y otra la obligan á irse adhiriendo á lo que es en sí la verdad real y positiva.

Ningún otro motivo tienen las guerras y las aberraciones de la rutina.

Hay, pues, en nuestra naturaleza una parte *fatal* y obligada: nuestra condición fundamental, la que forma la característica individual, separándose de todos los demás individuos dentro del tipo general; la parte *libre* y modificable, que es la voluntad, de la que alimentamos nuestra inteligencia por virtud de la cantidad de conocimientos que la aportamos, porque es

donde se goza de libertad y de donde arrancan las *responsabilidades* ó *méritos* de nuestras acciones.

Ahora bien; la humanidad estudiosa anhela, con razón, inquirir y conocer hasta qué punto el hombre es libre para poderle pedir responsabilidad de sus actos, y toda la inmensa rama del Derecho penal toma aquí su origen, á veces pretendiendo que la *ejemplaridad* debe ser fuente de mejora y bien social, y otras buscando en la *corrección* el medio de evitar por la educación la tendencia á la comisión del delito.

De cualquier modo que ello sea, es un hecho que la Historia demuestra hasta la saciedad que el rigor del castigo no ha mejorado al hombre: á mayor crueldad, más criminalidad; el saneamiento físico y moral robustecen las energías todas, y parece como si el bienestar general del individuo aumentase su capacidad para separarse del mal y sentir apetencias del bien: el trabajo y la luz de la misericordia proyectada sobre nuestros errores y aberraciones hacen más en favor de nuestra condición que los garfios de la tortura: lo primero, motiva la bendición y la gratitud, que redime; lo segundo, irrita y desespera, maldiciendo la existencia y la de una sociedad tan despiadada; la misericordia es proyección divina que viene de Dios; las crueldades, el resultado de nuestras equivocaciones, á las que nos abrazamos sin comprender que el que mueve el Universo y da vida á todo lo creado no hace distinciones y Todo lo inunda con su Providencia Suprema.

Él no hace separación del hombre y del gusano, todos reciben de Él calor y vida, sin distinción de zonas, ni de razas, ni de religiones; todos, absolutamente todos, son producto de la Inmensidad de su Poder y de la Inmensidad de su Misericordia. ¡Cuánto se separan los hombres de esta santa doctrina! He aquí un estado patológico social; remedio: educación y cultura ó bondad y sabiduría.

BIBLIOTECA PUBLICA BURGOS

III

ENFERMEDADES DE LA VOLUNTAD
LA PEREZA

Nuestras acciones las entorpecen verdaderos estados morbosos de nuestra voluntad, que provienen de la pereza, de la envidia, del egoísmo, de la vanidad; es decir, de estados de ánimo que nos desvían determinando falta de decisión en acometer aquello á que venimos moralmente obligados.

La pereza es una especie de enmohecimiento que nos pone en situación de repugnancia para el cumplimiento de nuestros deberes y obligaciones, debilidad y falta de fe en nuestras propias energías.

El perezoso encuentra en el acaso, ó en lo que llaman suerte, todo lo que el diligente se procura con el trabajo, el orden y la constancia.

La esperanza del primero, es deprimente; la del segundo, es vigorosa, fecunda y confianza absoluta de sí mismo, que explota con amor y con fe, á cuyo paso las dificultades que oponen

los manantiales de la riqueza abren su seno para llenar las trojes de sus legítimas y bien merecidas aspiraciones.

La pereza genera el azar, valle sembrado de estériles desengaños, cortejada de miserias y nutrida de irrealizables ilusiones.

Esa falta de fe en nosotros mismos, que sólo la cultura y educación pueden corregir, hace á los pueblos felices ó desgraciados, ricos ó pobres.

La economía y el orden asiduamente practicados constituyen el ahorro, que es la verdadera riqueza de las naciones; hábito que aleja las masas del vicio y del derroche; virtud que, á más de morigerar las costumbres, ahonda en las fuentes de riqueza, obteniendo de ellas más pingües resultados; las ciencias y las artes prosperan en ese ambiente de paz; la Industria y el Comercio adquieren un gran desarrollo, porque la seriedad requerida son el fundamento de sus relaciones y la confianza las preside; el orden público tiene, como altísimo lema, la práctica de la justicia; el derecho se cumple y se respeta sin estrépitos de fuerza; la moral es el ambiente del hogar y la santidad de la Religión, sabiamente entendida, sin fanatismos ni ridículas intolerancias, hacen la vida terrena feliz y preparan para la futura el Reino de la paz.

Estos son los frutos del trabajo y del ahorro; cumpliendo con ello los dictados de la voluntad, á que todos venimos obligados, y decimos *dictados de la voluntad*, porque aun aquellos que

PUBLIC

no lo realizan, la voz del deber habla en ellos con tanta claridad como en el más diligente y el lenguaje vulgar lo expresa de un modo admirable cuando, refiriéndonos á este mismo asunto, decimos que «el infierno está empedrado de buenos propósitos».

Los que juegan, aquellos que por el abandono pierden su tiempo y su fortuna, no desconocen su mal, pero les falta fuerza para cerrar las puertas á sus equivocados deseos; quieren conseguir de repente lo que sólo dan el trabajo y la constancia; eso que al ser conseguido con el esfuerzo se adora y se quiere como á nosotros mismos; el perezoso siente nostalgia por cuanto es orden, y cuyo resultado sea producto de la madurez y de la lógica; tiene perdido el concepto de lo que valen sus propias energías puestas en acción; al resultado fecundo del hombre laborioso le llama suerte, no quiere comprender que es la consecuencia natural de haber puesto lo necesario para conseguirlo.

Para el dominado por la pereza, el suelo fecundo es estéril; el laborioso hace fecundo el más árido erial; para el primero, todo le es contrario y le empobrece; el trabajador vence los inconvenientes y todo le es productivo y le enriquece; aquél, todo lo espera de la fortuna: juego, lotería, suerte, en fin, todo aquello que no exija sacrificio; el diligente aprisiona á la fortuna por el esfuerzo constante, y ella, generosa, derrama sobre él las mil venturas con que Dios le premia; el holgazán teme al sol y des-

conoce las bellezas del amanecer, ignorando los conciertos de la Naturaleza en esas horas tan privilegiadas; el hombre activo es siempre feliz espectador de las hermosuras de los cielos y vigilante incansable de sus intereses; todos los granos de su cosecha nutren su granero, y cuando el sol alumbra la tierra, él levanta la frente sudorosa satisfecho de haber cumplido ya gran parte de su faena. Las aves le despiertan y ellas le adormecen; los estrépitos de la orgía fastidian el reposo de su conciencia, que constantemente se refleja en las aguas purísimas del deber cumplido, altar y religión de los hombres de bien.

Sostenemos con tenacidad que la pereza es asunto de la educación, porque el amor al trabajo es cuestión de hábito: crear en nosotros una costumbre que concluye por ser una necesidad; despertar en los primeros años esa inclinación, es un deber religioso que constituye el fundamento de la riqueza y felicidad de un país.

La pereza, pues, constituye un estado morboso de nuestra voluntad, cuya higiene radica en la educación de la escuela y del hogar, formando espíritus vigorosos en los primeros años de la vida para que, al empezar la lucha por cuenta propia, la habitual gimnasia del cumplimiento de nuestros deberes y obligaciones, nos den conciencia y valor para no dar paso al abandono y resucitar el mundo de tesoros con que la Naturaleza nos ha dotado, llevándonos al camino de la felicidad.

Es posible que alguien nos argumente que la educación no puede alterar toda aquella suma de condiciones que forman nuestra individualidad personal; pero á poco que meditemos, los hechos nos demostrarán que la educación es otra segunda Naturaleza, que acomoda al individuo al molde del medio ambiente en que se educa: el chino, el japonés, el yanqui, todos los individuos humanos del planeta, son en perfecta armonía con el medio en que se educaron; transportad un chino á una ciudad andaluza ó un andaluz recién nacido á la china, y habréis trocado los términos; conservarán su característica de raza el uno y el otro, pero el niño andaluz pensará como un chino y el niño chino lo mismo que un andaluz, y los idiomas, y las costumbres, y las pasiones, las habréis invertido, tanto más cuanto menos noción tengan, respectivamente, de su origen; esto es un hecho probado.

Por estas razones, como en la pereza se genera el delito, y la miseria y la desgracia son su ambiente natural, habría que averiguar si aquel estado morboso es producto de su voluntad ó resultado de una torcida educación; esas amarguras que el ser deprimido soporta, ¿dónde toman su origen? Si le hubiesen habituado á despertar aquellos dones que Dios depositó en su naturaleza, seguramente no caería en esas amarguras que, por su natural indolencia, labran su desventura.

Los hombres somos los que labramos nues-

tras situaciones, puesto que el Creador nos dota de facultades que, puestas en ejercicio, nos librarían de caídas que motivan las obscuridades del mal.

Concluímos afirmando que la educación modifica nuestro modo de ser, y si con arreglo á la altísima misericordia con que Dios atiende á sus criaturas pusiéramos algo de aquellos reflejos, más piadosa y mejor sería la suerte de todos los hombres.

IV

LA ENVIDIA

Terminábamos reconociendo que la educación es un modo de alterar la dirección de nuestras propias condiciones; que si el hombre no cumple su destino con arreglo á los altos preceptos de la moral universal, es porque indudablemente hay una anormalidad en el desenvolvimiento de sus ideas; que la pereza es una atonía de nuestras facultades que nos lleva como de la mano á encontrar los beneficios que reportan el orden, el trabajo y la economía entre lo casuístico y lo inesperado; que los mordiscos de la miseria empujan al perezoso hasta dentro de las fronteras del crimen; que la higiene del *hacer* es una especie de gimnasia que, formando parte esencial de nuestra educación, concluye por determinar un *hábito* al trabajo, del que ya no podemos desprendernos, como un desenvolvimiento normal de nuestras facultades y asiento de nuestro bienestar moral y material.

Hay otros estados morbosos de nuestra volun-

tad que labran nuestra desgracia, tal como la *envidia*, que el gran dramaturgo Tamayo definía diciendo que era «miseria y rémora de la mente humana, lepra del corazón».

En efecto, ella es pesar del bien de nuestro prójimo, amargura del bien ajeno, mordedura que ha levantado á hombres y pueblos, ocasionando males sin cuento, luchas estériles y odiosas.

La envidia, después de todo, no es más que una exaltación del egoísmo, ansia de posesión de cuanto pueda ser útil á otro, pasión depravada del ánimo.

En tal sentido, puede desde luego considerarse como un ser desventurado quien la padece, y de tal modo levanta estados de irritación de su tranquilidad interior, que, repercutiendo en su voluntad con extraordinaria energía, mueve al delito; nada repara cuando la fiebre exalta su ánimo, y el odio y la venganza injustificada se abren paso.

Esto nos demuestra claramente que tal situación es un desequilibrio de nuestras facultades, y no puede normalizarse más que con una educación esmerada, en la que se alumbre y fortalezca la voluntad por actos generosos de caridad, rompiendo esas tendencias tan opuestas que labran la desgracia de la humanidad, trastornando en sus resultados finales el orden y armonía de la sociedad.

Esa tensión anormal vive en quien la padece, adherida á lo más íntimo de su ser, sin po-

der desprenderse de sus efectos, que le angustian y atormentan, suplicio inacabable que siempre tiene motivos por que sufrir y hacer padecer.

La emulación, por el contrario, es una virtud que empuja con nobles afanes á producir actos mejores que los que otro realiza, admirando y enalteciendo al mismo á quien trata de imitar.

Esta es fuente de felicidad y progreso, anhelo de reproducir el bien y la perfección en su más alto grado. Ambas condiciones, envidia y emulación, son como los lados de un ángulo muy abierto que se inician en el vértice común, y que mientras la primera es «rémora de la mente», la segunda es la fuerza creadora que hace mártires de cuanto significa amor á la verdad y al mejoramiento individual y social.

La envidia abrasa cuanto mira; la emulación regenera y fortalece cuanto toca; el gran poblema educativo consiste en dirigir las energías que malgasta la envidia por el camino de la emulación, saneando y fortaleciendo la voluntad en tal sentido.

Por esta razón, enseñar y educar vale tanto como dirigir por la línea recta voluntades torcidas, mejorar las inclinaciones, haciendo por este medio, de hombres quizá perjudiciales, hombres útiles y buenos para sí mismos y para la sociedad.

Educar es redimir; es sanear el alma fortaleciendo la conciencia en las direcciones del bien, y es problema tan grande para la filosofía

de la educación, que constituye un tema fundamental de la misma, sobre el cual se han escrito tratados interesantes.

De tan vital importancia como la de formar hombres cultos es la de hacerlos robustos física y moralmente, y quiera el cielo que nuestra amada Patria entre por estos derroteros, que son los verdaderamente salvadores, y no las luchas mezquinas que tanto nos perjudican.

La Religión del amor á nuestros semejantes, gozando en su bien, es de carácter universal; la miseria de la envidia una desdicha, de donde manan infinitos males, y una verdadera enfermedad moral de posible corrección.

V

LA EDUCACIÓN FORTALECE LA VOLUNTAD

Este es un problema tan importante, que hace hombres aptos para triunfar de las empresas que inician ó caen en un desaliento mortal, equivalente á una indiferencia suicida.

El hábito de vencer una resistencia y de sufrir contrariedades, templa el espíritu y nos pone en condiciones de soportar los reveses con valor y serenidad.

La educación constituye en el niño una segunda naturaleza, y cuando llega á hombre, fortalecido por una inteligencia preparada, mira la vida severamente, viendo en ella un problema rodeado de obstáculos que ni le arredran ni disminuyen en firmeza para afrontarlos y vencerlos.

Una de los mayores causas de nuestra decadencia nacional radica necesariamente en la educación, donde en la constitución moral y física del niño ha de florecer el hombre.

Ciertamente que en los primeros pasos de la vida necesita cuidados y correcciones apropia-

das, pero dejándole sentir los efectos de la realidad, cuyos peligros le irán poniendo en guardia y por cuenta propia que él sea el primer encargado de evitarlos. ¿Hay nada más ridículo que esos niños bitongos de veinte y más años, acompañados poco menos que por su nodriza, para que á la criatura *no le pase nada?* ¿Qué servicios puede prestar á nadie un ser así educado, ni qué patria, ni qué empresas iniciar? Si sucede lo contrario, es lo verdaderamente raro, pues esas plantas de estufa son las que nutren esa enorme cantidad de desventurados que pululan por la calle; si heredaron fortuna, la derrocharon ó no supieron conservarla, y si no la tuvieron, la carencia de medios y esa timidez monástica y ñoña que se suele dar en los colegios como educación y en el hogar, los hace débiles y cobardes, cayendo unos y otros, ya en la indolencia, ó ya en las abyecciones del vicio, muriendo en la cárcel, en el hospital ó en brazos del mayor desamparo.

Tales son los tristes resultados de una educación mal entendida.

¿Quién no conoce jóvenes educados entre monjes, y en conventos y colegios religiosos, conservados como si no hubieran de ocupar un lugar en la vida, procurando sus familias que por todos los medios imaginables no caigan en las inocentes manos del educando periódico ni libro que le *puede abrir los ojos* en ciertas cosas pecaminosas? y ¿quién, digo, no conoce alguno que en cuanto recibe el aire de la *libertad* que la vida exige, no sabiendo hacer uso de ella, se

desboca y cae de bruces en todo cuanto se propusieran ocultarle?

¿De quién es la culpa? Del niño, no; de los padres, que no llegaron á comprender el plan de educación que á sus hijos convenía.

Esta es una cuestión filosófica y social al mismo tiempo, que los pensadores deben parar mientes en ella.

El roble, que desde que nace desafía los bríos de la tempestad y las temperaturas diversas en las cimas de los montes, es duro, fuerte y capaz para soportarlo todo; mientras que la planta de jardín, con mucho esmero atendida y libre de los azotes, la menor ráfaga de aire la troncha é inutiliza.

Las madres españolas, en su amor santo por sus hijos, son sus mayores enemigas; nada de contrariarlos, dejarlos hacer sus caprichos; no importa que éstos sean de mal gusto, y, en ocasiones, verdaderas groserías; ¡pobrecito, tiempo le queda! Error lamentable; entre la noche y el día no hay tapias, ni tampoco entre la edad del niño y la del hombre, y los malos hábitos adquiridos en la infancia se irán agrandando con la edad, y lo que pudo corregirse á tiempo, evitando un modo de ser torcido, al ir á la vida los caprichos se tornarán en defectos, y el resultado de los cariños maternales serán premiados con amarguras y crueles desengaños, y el beso de la madre que premiara la travesura del pequeño será el chasquido del látigo social que lo anonade y deprima.

Las contrariedades del hogar son dulces y mimosas; las de la sociedad despiadadas y crueles, y si las madres pensaran en los resultados de los caprichos del hijo, seguramente los corregirían con la dulce severidad con que ellas saben hacerlo, prestándoles un gran bien y legándoles la más fecunda herencia que pueden dejarles: la buena educación.

El hombre no se forma solamente en la escuela; allí sólo llegará á saber cosas útiles, á ser sabio; pero á ser *bueno*, á ser *hombre de bien* y buen ciudadano, eso no se aprende más que en el hogar; déjese al niño llegar, en su volubilidad natural, hasta las puertas del peligro, que no caiga, pero que sienta los dolores de sus efectos, y entonces procede la corrección paterna.

El día que las cuestiones de educación pública se estudien con detenimiento y se les dé la importancia que merecen por nuestros Gobiernos, relegando al olvido las caciquerías y padrinazgos, éste del que hablamos será uno de los principales y más fecundos problemas.

Es cuestión de suma importancia hacer entender á la juventud que lo que valga y cuanto pueda ser debe esperarlo de su esfuerzo, de sus propias energías.

Nosotros tenemos dos males inmensos que debilitan de gran manera nuestra acometividad: el *milagro* y la *suerte*. El milagro lo hacemos nosotros con nuestra constancia y persistencia *racional* en conseguir aquello que nos proponemos.

El mejor santo que puede venir en nuestra

ayuda lo llevamos dentro de nosotros mismos; no esperemos nada de fuera, porque será en vano; ¿queremos ser ricos? Pues constancia, economía y trabajo; nada de desmayos; pidamos á la razón y al cálculo consejos y pongamos nuestro desvelo al servicio de la idea, y triunfaremos; jamás pongamos en duda la posibilidad del resultado: fe é insistencia, y el éxito será un hecho.

¿Apetecemos la gloria del saber? Estudio ordenado con tenacidad. ¿Que vienen obstáculos? No importa; en vencerlos está la mayor satisfacción. Adelante, siempre adelante, y el día de la gloria y de las satisfacciones será seguro; *querer es poder:* el que no lo consigue es porque no quiere. El milagro es siempre del que quiere y trabaja. Dios no niega á *nadie* medios para conseguir lo que se propone; somos nosotros los que utilizamos ó no las armas que se nos dan.

La suerte, dicen los débiles y perezosos, es la base de todo; «suerte te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale»; yo no soy hombre de suerte; yo soy muy desgraciado; donde yo pongo las manos, todo sale al revés, etc., etc. ¿Sabéis lo que es esto? Anemia de acometividad, indolencia de espíritu, debilidad crónica de nuestro propio valer; quien así piense es hombre perdido, es hombre sin fe, y ese no va á ningún lado; es una voluntad sin educar, no sabe vencer resistencias, cree que las cosas vienen porque sí, y cuando más, tendrá fe en lo único que no debe tenerla: en jugar á la lotería ó en encontrarse

una bolsa repleta de billetes. No; ese no puede ser rico, porque el trabajo es la única fuente de riqueza, y, como no tiene fe en él, ni será rico, ni sabio, ni podrá ocupar un lugar de preferencia, porque no lo *quiso*, y el resultado que los demás consiguen no lo verá como la consecuencia de su esfuerzo, sino como cuestión de suerte.

Cuando la voluntad está educada, tiene conciencia del valor, de la constancia y la asiduidad; todo lo espera de sí, se fortalece con el trabajo, y cada momento de su vida lo considera como un resultado lógico de su camino recorrido; lo atribuye á las consecuencias lógicas de las cosas, sin que eso que llamamos *suerte* tenga nada absolutamente que ver con las cosas que nos pasan, que, si son malas, es porque no hemos hecho todo lo que debíamos hacer, y si buenas, por la razón inversa.

Vivir esperando nuestro éxito de la suerte es el mayor de los absurdos; hay que buscarla, poniendo nuestra inteligencia en acción, y con esta gimnasia la voluntad se fortalece, la educación recibida se afirma en la práctica, se tiene claro concepto de nuestras fuerzas, los negocios humanos no siguen una dirección casual esperando el resultado del acaso, sino como el premio de nuestro esfuerzo y el de un plan bien concebido.

Si esto que decimos fuera un hecho, la educación del hogar y de la escuela sería dulce y severa, según los casos, y las costumbres públicas mejorarían de tal manera que pronto se sentirían sus efectos en todas las esferas de la vida

nacional: en las industrias, en las ciencias y en las artes, y el respeto á la verdad sería el primer altar que los hombres erigirían para consagrar los honrados resultados de sus esfuerzos y de su propio valer.

Las relaciones sociales serían graves y respetuosas cual corresponde á una voluntad educada con arreglo á las exigencias de una vida práctica y laboriosa.

VI

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD CON RELACIÓN Á LA CIENCIA

La investigación de la verdad, desligada de toda preocupación, y el orden de enlace, constituyen un cuerpo de doctrina, que es lo que en los conocimientos humanos se llama Ciencia; verdades sabidas con plan y método.

No hay posibilidad de llegar á ese estado de nuestra conciencia sin un grado de cultura y de conocimientos apropiados.

Entendemos que todos los ciudadanos de un pueblo no pueden ser sabios, pero sí es posible que los conocimientos de la verdad alcancen una gran extensión, obteniendo beneficiosos resultados por los consejos de la ciencia, practicables cuando hay una cultura general á la que se adapten sus preceptos.

Nuestro gran atraso estriba precisamente en que la masa popular no puede seguir el desarrollo de las prácticas científicas, que, después de

todo, no son más que el resultado de las experiencias acumuladas y ordenadas.

Sólo con la luz de la verdad pueden desaparecer de la conciencia pública preocupaciones y rutinas que impiden al trabajo nacional el desenvolvimiento que las nuevas necesidades reclaman.

El consejo es completamente inútil al que es incapaz de comprender sus beneficios.

No se puede ostentar dignamente un derecho sin tener claro concepto del mismo, como tampoco la aplicación de una idea razonada referente á un ramo de la actividad humana puede ser fecundo sin que aquel que lo realiza esté plenamente convencido de sus ventajas; porque el convencimiento de una verdad probada crea la fe y da fuerzas y provechos que, sin ella, son imposibles.

Como la Ciencia no es otra cosa que la verdad probada y sabida, es á la inteligencia como el amanecer del día, que progresivamente se ensancha, esclarece el horizonte é ilumina todos los objetos sobre los cuales trabaja la sociedad, y en medio de tal ambiente, la Política es la adaptación del Bien á las relaciones jurídicas y sociales de los hombres; la Industria convierte en riqueza y elemento útil hasta lo que puede ser nocivo á la vida, porque ayuda á la evolución de la materia, conduciéndola hacia lo que puede sernos beneficioso; el Comercio, regido por principios racionales, abarata la vida y la hace más cómoda, y reduce más y más el número de los

que padecen miseria; el imperio del hombre sobre el planeta se ensancha más y más, haciendo suyas las intangibles cimas de los montes, conquistando el fondo de los mares, las entrañas de la tierra y haciendo de los aires lugar de su morada; es la Ciencia la chispa sublime que viene de Dios, fondo inagotable de toda verdad, y, á medida que el hombre investiga y escudriña con afán, encuentra sorpresas y tesoros no soñados.

Se fija y estudia las plantas, y tanto en el desenvolvimiento de su vida como en todos los elementos que constituyen su organismo, halla el infinito de propiedades, de fuerzas y de condiciones que asombran al investigador, porque allí encuentra recursos para el alimento, para el vestido, para las mil formas con que la Industria saca provecho de ellas, la medicina, y ¡quién sabe aún las innumerables sorpresas que aguardan al hombre en la vida de las plantas tan someramente conocida!

Estudia el mundo animal y se maravilla de los infinitos recursos y modos con que le dota la naturaleza para su desenvolvimiento, de sus formas, de sus elementos de vida, de sus costumbres, de la adaptación al medio, de sus cualidades, del admirable enlace que hay en la infinita red de los seres vivos, todos con algo de común y todos tan admirablemente diversos, asombra, decimos, la grandeza de Dios cuando el hombre dirige su mirada con los ojos de la ciencia hacia la obra admirable de la vida, que lo mismo la adapta á las regiones heladas de los polos, que

á las caliginosas zonas del Ecuador, que la facilita sobre los aires y bajo las inmensas profundidades de los mares entre presiones incalculables; y en las líneas divisorias de la serie el hombre observador y estudioso se confunde viendo plantas que parecen animales y animales que parecen plantas; aves que parecen peces y peces qne parecen aves, y así son tantos los ejemplos que se ofrecen en el proceso de la naturaleza, siempre continuo y siempre uno y siempre vario, que el menos creyente, el de menos fe se rinde abrumado ante la obra maravillosa del Creador; no entraremos en las consideraciones que ofrece la formación de la célula vital, ni en el mundo de la vida microscópica, donde esa confusión se multiplica hasta el infinito y donde apenas se ha iniciado un orden de conocimientos que nadie sabe lo que se llegará á vislumbrar y conseguir.

El mundo mineral, al parecer mudo é inerte, está gobernado y ordenado por leyes tan maravillosas que no producen menos admiración, tanto por su composición como por la manera con que se ordena cada una de las moléculas que le constituyen; por la diversidad de sus formas, al parecer caprichosas, pero rígidamente obedeciendo á un orden tan admirable como desconocido.

Cada día el hombre de ciencia descubre en la materia nueva propiedad, alguna fuerza ignorada, alguna sorpresa que da origen á nuevas fuentes de conocimientos.

Cuando, fatigado, mira á los cielos, el espacio

infinito le atrae donde se mueven soles como el polvo que vemos á través de un rayo de luz; polvo de gigantescas magnitudes, pero polvo al fin, ante la Infinita Omnipotencia del Creador; polvo que á manera de torbellino supremo cada partícula es un mundo regido por leyes eternas, ante las que el hombre de ciencia cae abrumado para dirigir una oración ó una frase de asombro ante tan sublime Maravilla; cuando la cultura pública, decimos, puede apropiarse algo de lo que la realidad es en sí misma, se percata fácilmente de las ventajas que reporta y la conduce y la explota con arreglo á la verdad, y entonces la Agricultura deja de ser rutinaria para convertirse en algo práctico y científico; esto le pasa á la Industria y, para decirlo de una vez, á todos los ramos de la actividad humana.

El mundo de las Ideas y de la Moral, estudiado y conocido en sus causas, hace la vida de relaciones sociales fácil y justa, y no sólo prosperan los bienes materiales, sino que también progresan los morales, haciendo de la sociedad un todo armónico entre la Verdad, el Bien, la Riqueza y el Trabajo.

VII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN EL ARTE

El sentimiento de lo bello es innato en el hombre, pero el refinamiento del gusto es resultado de la educación; por tal motivo, allí donde la cultura pública es cuestión de primer interés, se enseña en las escuelas populares nociones generales de Estética.

La idea de la forma y de las proporciones en las artes plásticas, como lo son la escultura, la arquitectura y la pintura, no tienen mejor manera de conocerse que visitando Museos y monumentos artísticos, cuyas visitas y excursiones tantos beneficios prestan á la enseñanza artística; y esta es precisamente la razón de que se propaguen estos Museos y se los fomente por los mismos Estados.

La música, canto y poesía son manifestaciones de la belleza, tan íntimas al alma y están tan hondos en el sentimiento, que reclaman atención y cultura especiales.

Sociedad que siente el arte con amor é intensidad, puede hacerse de ella esta afirmación: el crimen no puede arraigar, el bien florecerá y todo honroso sentimiento tendrá allí su razón de ser: quien ama lo bello ama lo bueno.

Hemos dicho que el sentimiento de lo bello es universal é innato en el hombre, y por tal razón cada pueblo lo manifiesta según su modo especial de sentirlo, que siempre toma caracteres del ambiente en que vive: la montaña, el desierto, la zona estéril ó fértil, la llanura, las riberas del mar, el calor ó el frío, todo influye en la manera de ser de las artes bellas, puesto que al fin no son más que impresiones del alma. Ahora bien; su expresión sentida, para que se manifieste de una manera artística, reclama estudio y cultura, pues por muy potente que sea el sentimiento y facultad de ejecución, sin las reglas será primitiva y ruda.

Los gustos de los pueblos están en relación directa con la mayor ó menor educación artística, y se manifiesta en el confort del hogar, en el vestir y en todos los aspectos de la actividad, hasta en la simple redacción de una carta particular imprime cierto sello de finura, de buen gusto, que acusan á la legua cultura y refinamiento.

Cuando encarnan en la masa popular, esos caracteres se ven desde lejos; en los pueblos atrasados, monotonía, desorden, miseria, suciedad, pobreza, abandono; en los adelantados, armonía, orden, signos de bienestar, pulcritud, buen gusto, finura de sentimiento y caridad.

¡Santa cultura! Tú realizas maravillas al soplo del genio: de una informe masa de piedra, sacas una estatua prodigiosa; de materiales amontonados, elevas un templo ó un edificio que es la admiración de muchas generaciones; de un simple lienzo y de colores desordenados, nos da el inspirado pintor escenas más hermosas que la misma realidad; los acontecimientos de la vida hieren con tal fuerza el alma del poeta, que produce cantos que parecen venidos de Dios; y finalmente, el ritmo de los aires, del silencio de la soledad, del choque de las olas tempestuosas del océano ó del murmullo de las hojas de una selva, al músico le inspiran composiciones divinas que sólo los genios saben sentir, originando modos de hacer posible la felicidad humana, recreándose en las artísticas producciones del genio más cercanas á la perfección ideal donde Dios vive, puesto que sólo en Él cabe la suma perfección que ni concebir podemos.

El artista siente y *produce*, y al tomar forma real su sentimiento, el público se identifica con la obra de arte y se compenetra de tal modo con la belleza, que no pocas veces corrige y censura con tal acierto y con tan severo juicio, que aterra á los maestros y le tienen por tremenda hidra de siete cabezas. Tal es la situación del artista, por grande que sea su genio y fuerza de concepción ante el público que le ha de juzgar, que casi siempre da una resultante de criterio justo y razonado.

Pero, con todo ese rigor del público, resultan

delicadezas de sentimientos, haciendo fácil el dolor al que lo sufre; la caridad se ensancha, porque todo lo bueno es bello, y el público, en general, se acostumbra á querer y necesitar el ambiente de lo hermoso, porque lo lleva dentro de su alma y quiere y ama lo bello, y las obras de arte tienen en tal sociedad á ésta por garantía, y cada vez que á la plaza pública sale una estatua ó cosa para adorno de la ciudad, el pueblo toma aquello como un regalo, lo admira, se recrea en ello, lo hace suyo y nadie se atreverá más que á venerarlo, y no decimos que nadie lo deteriora, porque esto sería tanto como una profanación pública y cada ciudadano un guardián implacable para impedirlo.

Las industrias se benefician grandemente cuando hay sentimiento exquisito, porque no lanzará al mercado un producto sin que sea finamente expuesto, pues como sólo por este camino es como se conquista la clientela, todos contribuyen á ese común sentir que en constante lucha siempre tiende á perfeccionarse.

Decíamos antes que el arte se desenvuelve con arreglo al medio ambiente, y esto es lo que le da carácter nacional y regional, y esto es precisamente también una de las más soberanas bellezas que hacen apetecibles las obras artísticas, que al fin es la afirmación de la variedad, dentro de la unidad y de la armonía: la arquitectura asiria es distinta de la de los Aztecas, siquiera las inspirase á ambas la misma idea; las esculturas de las ruinas de Kamchaka (en Asia),

distintas á la de los pueblos americanos de la antigüedad; la música de los pueblos meridionales, distinta á la de los del Norte; todas realizan arte y son música; ¡pero qué de inmensas diferencias en la expresión del sentimiento de lo bello! La misma pintura, bellamente sentida, cada pueblo y cada individuo la expresan á su modo dentro del concierto universal de la Unidad.

Cuando hay educación artística en la masa popular, colecciona sus cantos, sus músicas populares, ama sus tradiciones, reúne sus cuentos y consejas, forman parte de su vida sus leyendas, conserva sus trajes tradicionales, y de tal modo embellece esas formas espontáneas de la vida regional, que, sin dejar de compenetrarse del gran arte universal, tienen su *manera* artística como resultante natural de su cultura.

Es más; ese mismo sentimiento de la belleza informa la vida nacional en todos sus aspectos: en las construcciones arquitectónicas, en las navales, en la jardinería, en los cultivos agrícolas, en las industrias y hasta en la vida comercial imprime ese tipo particular.

No es, pues, el sentimiento estético un estudio que deba desatenderse, sino cultivarlo con el mayor esmero posible, porque, á más de ser un signo de cultura y de progreso, está en nosotros el inclinarnos instintivamente hacia lo hermoso, que nos agrada y lo deseamos de igual manera que rechazamos lo que no nos produce simpatía.

Lo *hermoso* tiene mucho adelantado para que lo tengamos por *bueno*, y más dispuestos estamos á tolerar un defecto de lo bello, que á estimar una cualidad buena en aquello que nos repugna.

Hay más: las acciones humanas participan también de esta misma condición, y cuando se tienen estereotipados en las costumbres esos sentimientos por la cultura y el estudio, no sabe conducirse la sociedad más que de una manera correcta y agradable, desechando siempre toda acción molesta y fea; la honradez y el buen proceder son su norma, y el respeto mutuo lo natural y correcto; las leyes, respetadas de una manera religiosa, porque son sentidas por todos y todos son sus más acérrimos guardianes; la moral informa la vida general y el reino de la paz y la concordia el ambiente en que se vive.

Tanto es el poder de la educación estética, que es, á su vez, educación moral, ya que todo lo bueno es bello y esencialmente artístico.

VIII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA RELIGIÓN

El mundo cristiano no practica bien la doctrina de su Fundador; la Magdalena que Él perdonara y redimiera, aquella doctrina que Él enseñó y vertió en los Evangelios, no tiene realidad efectiva en la conciencia social; ésta se aleja mucho de Aquel eterno modelo de Infinita Misericordia, cuando en el Gólgota, al recibir la lanzada por sus enemigos, levantó los ojos al Cielo para pedirle á su Padre que los perdonara, porque «no saben lo que se han hecho», y aquella sangre, ofrecida en holocausto del mutuo amor de los hombres, no nos ha redimido; Jesús predicó y practicó la pobreza y la amó, y con los bienes de los poderosos enjugó las lágrimas del desvalido y ejerció la Caridad sin distinciones; para él no hubo más que el Hombre.

La intolerancia, el odio y el rencor abrasan el corazón irritado de muchos que se tienen por buenos cristianos, sin que abran las puertas del perdón para quien no piense y sienta como ellos; esa no es la doctrina de Jesús, que dice: «Ama á

tu prójimo como á ti mismo». La Naturaleza entera, toda ella, sin exclusión de nada, da con todos sus medios calor y vida sin tasa á cuanto engendra y genera; Dios es su autor; solamente el hombre, al organizarse socialmente, ha barrenado sus leyes supremas y eternas, en tal forma, que más de una vez, voluntades indecisas, atolondradas por el terrible «qué dirán», rompen con los instintos naturales y caen dentro del crimen, rodando desde el pecado, enloquecidas, porque el perdón y la misericordia social que la redimirían, la esperan para azotarla con el reproche y el desprecio despiadado: no todos los espíritus son fuertes y valerosos para afrontar esas contrariedades. ¡Cuántas lágrimas se vierten por los errores sociales y cuántos delitos que han destrozado almas dignas de mejor suerte han caído amilanadas! Nadie podrá arrojar la primera piedra, ni será el primero en abrir los brazos de la misericordia; tiene el ambiente social aspectos tenebrosos que, si es verdad que detienen en la caída, son consecuencia de gravísimos males, y la censura suele ser menos piadosa cuando viene de quienes no cayeron quizá porque la necesidad no les puso en las amarguras del precipicio.

El Divino Jesús, enclavado en una cruz, con los brazos abiertos, espera las ovejas descarriadas, las redime con el perdón, las consuela con la misericordia y las levanta hasta Él desde las impurezas de la vida.

Si la sociedad examinase detenidamente la

causa de muchos males que la atormentan, vería esta triste enseñanza, que ella misma, hipócritamente, realiza mucho de lo que condena en quienes no supieron, no pudieron ó no quisieron ocultarlo; que si éstos quieren retroceder, siempre los señalará con el estigma de su caída, y ni los olvidará ni los perdonará; que quien reclama el cumplimiento de las relaciones sociales y del Derecho de una manera imperativa, viene también obligado de la misma manera á poner al individuo en condiciones de cultura y de moralidad para cumplirlas, so pena de ser responsable de lo mismo que condena.

¿Qué clase de caridad es la que practica esta sociedad, que en vez de producir los frutos del amor puro y santo, sólo produce estados de irritación y de encono? La razón es bien sencilla: ni en el orden natural ni en el orden social existe nada que no tenga su razón de ser; es, que donde debió tomar asiento la justicia y el amor al prójimo, levantó su trono el egoísmo con todo su cortejo de consecuencias.

¡Qué piadosos y tolerantes aparecemos todos para juzgar nuestros defectos, y qué severidad tan intransigente para los de nuestros semejantes!

La sociedad levanta entre sí barreras insuperables, llamando buenas á cosas que no lo son y condenando por malas otras que la misma Naturaleza santifica. ¡Quién sabe si muchos males de los que padece radicarán en estos falsos conceptos!

Ello es que el caído en el delito ó en el desprecio social, cuando no halla manera de redimirse, que nunca será bien recibido, no es difícil que ruede hacia la desesperación, y, aburrido, embote sus sentidos en lo mismo que aborrece, y el hijo pródigo que, vuelto al hogar, pudo ser un elemento de felicidad, llegue á ser fuente de amarguras y desgracias.

¡Cuántos excluídos socialmente mirarán amargados por la desigualdad con que es juzgado el caído, que la fortuna le fué favorable y que no tuvo repugnancia en hacer más que el desheredado; que al uno corteja y tolera y al otro no le admite disculpa; que aparece débil y cobarde con el fuerte y déspota y tirano con el débil; que las deformidades morales serán conceptuadas con dolorosa injusticia! Esto lo llaman humano. ¡Pobre Magdalena, sólo Jesús te perdonó! Sigues padeciendo en el mundo de desolación de tus pecados, y tu calvario no tiene su fin tan próximo como pensara el Hijo de María.

La figura de Jesucristo es tan sublime arrojando á los mercaderes del templo, como acogiendo á su redil á María Magdalena; Él sólo fué fuerte con el poderoso y compasivo con el débil.

La sociedad, intransigente con el caído y creando artificios que no siempre son justos, abre una especie de sima sin fondo, donde hay que decir con el Dante: «No hay redención.»

La ignorancia, sobre todo, nos hace caer en

primer lugar de bruces, como el ciego, ya en el delito, ya en el pecado, y la ley humana, sancionada por la Majestad del Estado, escribe severamente en sus Códigos que el desconocimiento de la misma no exime de responsabilidad.

La miseria y las pasiones nos empujan mucho más de lo que á veces nuestras fuerzas son capaces de resistir, y sólo la cultura y la educación constante fortalecen la voluntad para evitar la caída y para saber perdonar.

La sociedad ha escrito sobre las puertas de sus correccionales este sacratísimo principio: «Odia el delito y compadece al delincuente»; y en la oración santa que nuestra madre nos enseñara entre besos, decimos: «perdónanos nuestras deudas...»; pero tales principios y plegarias no los escucha ni practica bien; salgan el presidiario y la Magdalena por el mundo, y, ó vuelan á vivir á país desconocido, ó los obstáculos le cerrarán el paso á la vida posible; no encontrará el hogar que la caridad debe ofrecerle; su razón, susceptible de redención, sufrirá de nuevo mayores y más enconados extravíos; nosotros mismos fomentamos el mal, quizá sin quererlo, pero por falta de una voluntad dispuesta y educada para atraer y corregir.

Mientras la sociedad no se convenza y encarne en el código íntimo de su conciencia que el odio y el rencor no pueden generar más que violentas sacudidas, y que sólo el amor predicado por Jesús y escrito en el libro de la moral

universal es donde se encuentra la felicidad, el reinado de las luchas despiadadas no cesará.

Tan dignas como son de ser corregidas esas manifestaciones violentas de la sociedad, hijas del encono, merecen ser estudiadas sus causas, porque pueden ser aberraciones, pero también podrían tener su fundamento de posible corrección, y no sería mucho que fuesen el amor y la misericordia sus remedios.

Si no hubiera allá en el fondo supremo de la conciencia humana esperanzas intangibles, donde las impurezas sociales no llegan y donde se ve un principio de justicia y de equidad más consoladores que animan y fortalecen, la vida sería desesperante.

Por fortuna, la Providencia lo es para todos igual, derrama sus dones sobre todo lo creado. ¡Tú, que eres fuente de vida, eres también magnánima y misericordiosa con tus criaturas, y quien á ti se acoja, sin pensar en las miserias humanas, hallará los veneros de infinita felicidad que en ti son permanentes é inagotables!

IX

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD Y NUESTRO CARÁCTER NACIONAL

Afortunadamente, la actividad nacional despierta y trabaja, pero con ese entorpecimiento y vacilante dirección con que lo hace aquel que sale de un estupor ó de un sueño.

Por fortuna, decimos, se empieza á trabajar, pero el anhelo que á cada uno nos muerde no es bastante eficaz, ó, por lo menos, no está suficientemente educado para acabar con las muchas preocupaciones y desamor al trabajo, teniendo como baldón lo que más ensalza al hombre: el ser trabajador.

Entre nosotros es ya una frase hecha el que «de todo tiene la culpa el Gobierno». No, las cosas hay que verlas tal como son: primero, el Gobierno, tal como es, somos nosotros mismos, con todas sus virtudes y defectos, y segundo, que al que no quiere andar es muy difícil hacerle que ande; el mal que nos asedia está en que hay muchas voluntades anémicas, sin fe, y el

que espera que lo que él necesita venga de fuera y que otro se lo proporcione, tarde y de mala manera recibirá el remedio.

Para que la acción común tenga verdadera eficacia, es preciso que todos y cada uno de los españoles lleve dentro de su alma, como faro que le alumbre, la idea del deber cumplido y por cumplir, que el primero que atienda á sí mismo sea él y que lleve impreso en su imaginación, como formando parte de su propio ser, que la honradez, el trabajo sin desdoro y el bien de su prójimo son los únicos medios de poder tocar la felicidad; ¿quién puede ser dichoso entre las lágrimas y los dolores de sus semejantes? ¿Quién puede ser respetado y querido sin ser honrado? ¿A qué riqueza tiene derecho el holgazán, miembro social inútil, y, por tanto, perjudicial?

¿Habríamos de esperar durmiendo á que otro ponga en nuestros negocios la inteligencia y el trabajo que reclaman? La necesidad y la conveniencia en los asuntos de cada uno es como el dolor, que no lo siente más que el que lo sufre, y, por consiguiente, él también debe ser el más interesado en desecharlo y evitar sus consecuencias.

Es verdad que la alta dirección de los negocios públicos corresponde al Gobierno, pero también es cierto que para remediar las necesidades que una sociedad siente, es preciso que los latidos de las mismas sean tan enérgicos, que arriba sientan los efectos y la precisión de remediarlos. ¿Por qué no sucede esto? Porque cada

uno de nosotros lleva dentro de sí un mal gobierno, sin propósito de corregirse. ¡Ah! si cada ciudadano tuviese claro concepto de lo que valen sus derechos y á lo que tiene deber de cumplir por sus obligaciones, las cosas sucederían de otro modo.

Nos pasamos la vida mirando al cielo, esperando el remedio de los agentes naturales, y no ponemos nada de nuestra parte para encauzarlos y hacerlos útiles, consultando en el suelo sus condiciones más aptas de producción, y en los hombres y en las demás cosas cuáles son á las que más se acomodan.

La riqueza y el bien nos inundan donde quiera que nos encontramos, pero es absolutamente preciso que, si queremos gozar de sus beneficios, hagamos también lo necesario para conseguirlo.

La tierra, en los cultivos, responde á todas las preguntas que le hace el labrador, con los abonos apropiados, las semillas convenientes, labores profundas, formas más económicas de recolectar sus productos, maneras de transformarlos, su presentación, explotación de animales, industrias derivadas, retención, alumbramiento y encauce de las aguas; todas estas cosas ¿las debe hacer el Gobierno? ¿Se deben esperar de la Voluntad Divina? Esto no incumbe más que á aquel que lo necesita, y si no puede solo, asociándose, que es la manera de resolver problemas con más facilidad cuando la acción individual es impotente: la unión es la fuerza.

Hay que escudriñar y sacar partido de la rea-

lidad, sin esperar á que el vecino ni nadie nos indique el camino; la Naturaleza es generosa como nadie, da cuanto es y cuanto tiene, sus condiciones no son concretas; el que sabe leer en ella, encuentra maravillas, y los que no, pasamos indiferentes, unas veces por tesoros, otras por precipicios y acaso por fenómenos que nos asombrarían por extraordinarios, y que, sin embargo, suceden eternamente sin que el concepto que de ellos tenga el hombre perturbe su marcha en lo más mínimo.

La cultura y el estudio son las únicas maneras de que, recogiendo la experiencia de generaciones pasadas y los adelantos que á diario se realizan, pueda sacarse de la Naturaleza ventajas que hoy unas se ignoran y muchas que se saben, por desconocerlas la mayoría de los ciudadanos, no se aplican, con daño de los intereses generales.

Se impone, como asunto imprescindible y absolutamente necesario, llevar por la educación y el estudio el convencimiento á las gentes de que la eficacia y el trabajo y la solicitud de los medios naturales están preñados de resultados fecundos; es ya frase admitida hasta en la Religión lo de que Dios dice: «Ayúdate y te ayudaré.»

El Suelo, la Industria, el Comercio, las Artes, la Ciencia y cuanto representa actividad nacional, reclaman solicitud y atención para hacerlas fecundas; esto no debemos esperarlo de los Gobiernos, sino de todos los españoles juntos, que, como así fuese, ya veríamos si la alta dirección del país cambiaba de rumbo, pues siendo cada

ciudadano una barrera á las injusticias y arbitrariedades, no habría manera de que se realizasen, y entonces veríamos cómo se cambiarían las tornas, y en vez de venir la oleada de acción que todos piden torpemente de los Gobiernos á una opinión pública ignorante y despreocupada, esa acción poderosa y llena de vida iría desde el fondo social á las alturas del Poder, donde se condensarían de una manera sintética los sentimientos de equidad y de justicia que cada ciudadano sentiría latir dentro de su conciencia.

Mientras el trabajo sea un castigo y un baldón, en vez de ser meritísimo, seguirá siendo una cantinela nacional lo de los malos Gobiernos y lo de que si el Gobierno se ocupara de esto ó de lo otro; pero podría también decirse: ¿y usted, qué ha hecho? ¿Hizo usted algo porque los medios que maneja sean más fecundos? ¿Contribuyó usted á que las industrias que usted maneja se perfeccionaran?; ¿á que la cultura pública progresara?; ¿á que la moralidad se extendiese y se acrisolase en sí y en sus conciudadanos?; ¿á que la arbitrariedad en la aplicación de la justicia no prosperase? ¿Hizo usted algo porque la administración de los bienes públicos fuese honrada, y contribuyó en la medida y proporción que le correspondiera? ¿Hizo cuanto pudo porque las ideas de verdad y tolerancia prosperasen? ¿Se opuso al fraude, y cuando se cometió, hizo lo posible porque no se realizase? ¿Se organizaron debidamente para dar fuerza á las cosas de razón? ¿Ejerció los derechos que po-

día esgrimir para que la injusticia no prosperase? ¿Hizo usted cuanto pudo para que las ideas de progreso y de avance no tuvieran eficacia?

Si nada de esto hizo, que debe ser la razón y la fuerza individual que á cada uno incumbe, ¿qué derecho tiene á quejarse ni á pedir mejor suerte que la que tiene?

La fuerza grande corresponde á la acción de todos los ciudadanos, fuerza que repercute siempre en las decisiones del Gobierno como la acción de un solo impulso; á la debilidad de la opinión pública corresponde un Gobierno débil, y la flaqueza que sienten los de abajo quieren obtenerla de arriba, á donde no la envían, y se quejan y lamentan de la misma pereza que los enerva y entumece.

Los Gobiernos no hacen á los pueblos, son los pueblos los que hacen á los Gobiernos.

Hace falta voluntad resuelta para el trabajo y el estudio, sacudir la pereza, no esperar de otros lo que está en nosotros mismos; no pedir á Dios lo que Él pródigamente pone en nuestras manos; queremos que los resultados y los bienes nos vengan porque sí; Dios es Suma Justicia; al que no trabaja, ni produce, ni piensa, ni contribuye á su bien ni al de los demás, le da por premio la miseria; al que discurre, trabaja y busca el bien que la realidad muda le ofrece generosa, al que la solicita, le colma de bienes y felicidad. No; el bien que gocemos no nos debe venir como por encanto, sino como resultado de un esfuerzo de la inteligencia; por eso los pueblos

ignorantes, los que no tienen como fin primero la cultura, que abre los horizontes de la razón, viven en eterna miseria, y si el planeta entero les perteneciere, serían siempre pobres y desgraciados.

Luz, luz por donde quiera, que alumbre la divina chispa que Dios imprimió en la mente humana, que hace fecundo lo estéril, útil los más despreciables despojos, y la aureola de la felicidad y de la gloria le siguen envolviendo aun después de las sombras de la muerte.

X

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN EL NIÑO

El niño es el germen social que heredará nuestra obra, que á nuestra vez recogimos de las generaciones que nos precedieron.

Es el depósito de nuestra alma; somos nosotros mismos, que volvemos á nacer, y con tal ímpetu de pasión le atendemos y queremos, que es á nuestro deseo más, muchísimas veces más ansiada su felicidad que la nuestra; tanto, que si un padre ve felices á sus hijos, su desgracia, por grande que sea, le es mucho más ligera que si sucediese lo contrario.

La salud y la educación son los dos polos de la felicidad, y ambas le dan al hombre la voluntad en condiciones de conseguir ó no su bienestar, que todos ansiamos.

La encargada de esta altísima misión es la madre, y de su cultura, de lo más ó menos exquisito de su modo de ser, del sentimiento que tenga del bien ó del mal, del talento educador y maneras de practicarlo, del alma de la madre que le dió también la gestación en sus en-

trañas, de sus besos y halagos, de sus oportunas represiones, de la inteligencia que le imprima, vendrá revestido el hombre futuro.

Nosotros recordamos mucho menos los latigazos que la sociedad despiadada descarga sobre nosotros cuando somos hombres, que las represiones que nuestra madre nos propinara por una de nuestras travesuras de niño.

Y vamos al asunto: en cuanto á la higiene del niño, en sus alimentos, que insensatamente se le limitan, hasta la manera de ceñirle sus ropas, hay un mundo de ideas equivocadas que llevan miles y miles al sepulcro.

Siempre que el niño manifiesta deseos de alimentarse (salvo enfermedad), se le debe alimentar: más niños mata la anemia que las indigestiones.

Sus vestidos deben ser de abrigo necesario, según época, pero sueltos; que aquellos miembros se desarrollen, y no quieren ligaduras.

Aire puro, luz, ambiente, libertad en sus juegos; primero hombre, luego se le hace útil y sabio; á nuestras escuelas no se las debe llamar así, sino cárceles donde se martirizan inocentes niños; más hay que aprender y que enseñar sobre una flor, una piedra, un rayo de luz, en el campo, que en el más perfecto gabinete: hacen falta maestros.

Limpieza y aseo, aquí hay que pararnos; los españoles tenemos odio al agua porque no nos enseñaron nuestras madres que la limpieza de la piel es la mitad de la salud; porque ignoran

que la piel es un pulmón por donde respiramos aire atmosférico; que es un amplísimo aparato digestivo en donde se realizan maravillosas asimilaciones y desnutriciones; que es un corazón que abarca el organismo todo que empuja y atrae la sangre del torrente circulatorio como una inmensa esponja que determinase un flujo y reflujo uniforme y continuo; que es un cerebro, cuyos innumerables palpos nerviosos sobre ella extendidos, nos dicen el estado de calor ó frío del medio ambiente, la luz ú obscuridad, dureza ó plasticidad de los cuerpos en peso ó ligereza, humedad ó sequía, y, en fin, la puerta por donde nuestra conciencia se informa del mundo exterior; que nuestra piel es un gran riñón, especie de filtro que en forma de sudor elabora orina y purifica nuestra sangre, y que, finalmente, es la envolvente general de nuestro organismo, especie de mundo poblado de seres infinitamente pequeños, y que su descuido en la limpieza y aseo puede ser motivo de enfermedades infecciosas que originen la muerte, cuando no deformaciones y males que, si no matan, hacen la vida raquítica y penosa.

La higiene es á la salud como la salud es á la vida: más individuos salva la higiene que los médicos y la farmacia; la higiene nos proporciona salud con medios sencillos y reglas que la Ciencia dicta, que, si nuestras madres conocieran, aplicarían sin esa serie de prejuicios y tradiciones mal entendidas que acortan la vida y no nos dicen cómo debemos conducirnos para

vivir más y mejor. En este terreno la educación es infernal y está todo por hacer. ¿Hay baños públicos en alguna parte? ¿Se atiende á la salud de la infancia con arreglo á un plan científico? La Ciencia y el legislador tienen tarea para rato y donde entender.

Las cuestiones de la higiene y la salud serían motivo de libros interesantísimos, y apena el pensar que los ricos y los pobres, los altos y los bajos, los sabios y los ignorantes cuiden y estudien los medios de mejorar y multiplicar las semillas; que las razas de animales den más rendimiento y se hermoseen las especies; y, en cambio, nadie atiende con el verdadero celo é interés la salud de la infancia, tan desatendida. ¡¡¡Importa más la salud de un pollino ó de un ternero; se escardan y limpian los campos y no se atiende á los hijos!!! Esto tiene algo de cómico y de macabro.

En el orden intelectual, desde la primera frase que el niño silabea, la madre es la encargada de dirigir aquel espíritu naciente.

No nos hemos propuesto hacer un tratado de filosofía infantil en relación con la higiene y la educación, pero sí advertir y llamar la atención sobre algunos defectos y descuidos.

Parece estupendo cómo los padres son tan faltos de sentido que, para niñeras, para formar los primeros asomos del hijo á la vida, busquen lo más inculto y lo más zafio, cuando allí debe empezarse á formar aquella inteligencia de la manera más exquisita, y esto nadie como la ma-

dre ó jóvenes educadas, que siempre tienen un alma dulce apropiada á la naturaleza del niño: el negocio más grande y más remunerador de un hogar, es la educación de los hijos, que luego devolverán en forma de cariños, de utilidad social, de honradez, de explosiones de bondad infinita que alimentará, hará feliz la vida de los padres que de tal manera entregan á Dios y á la Patria una persona digna.

Cuando la natural inquietud hace al niño insoportable, se le procura asustar, para que, aturdido, calle y no moleste; no puede haber procedimiento más desacertado, porque cuando no llegamos por tal medio á provocar enfermedades cerebrales de resultados funestísimos, empieza por hacérsele medroso y cobarde.

Todas aquellas personas que nos rodearon en nuestros primeros años, se complacían en contarnos apariciones de muertos, cosas de brujas, escenas de ánimas en gloria y en pena, y milagros de santos, cuentos y patrañas, que aun siendo ya hombres y sometiendo las cuestiones al tamiz de la razón, le cuesta á uno no poco trabajo el convencerse de que no hay tales apariciones de muertos, porque el que se muere bien muerto está; que no hay tales brujas ni tales duendes; que son los tales milagros una perfectísima mentira; que los gigantes y enanos y transformaciones de los cuentos son una patraña, urdimbre de imbecilidades; que las ánimas, ardiendo ó gozando, son otra simpleza coronada de tontería, y que, en fin, aquel sedi-

mento de estupideces es, como si dijéramos, la base sobre la que se ha de desarrollar toda nuestra vida, pues son muchos los años que son precisos para que podamos desechar la influencia que sobre nosotros ejerce.

Los juegos de los niños, bien dirigidos, pueden y deben ser un manantial de enseñanza; pero nuestras madres, nuestras santas institutrices, desconocen las leyes de la lógica porque tales cosas se rigen, y las consecuencias finales viene á soportarlas como resultante última la sociedad, que se forma, en resumen, en una serie de hombres educados en tales prejuicios.

En vez de acostumbrarle á que comprenda el valor de la verdad y de lo que significa su respeto en la vida, se le enseña á mentir: no, eso no debe ser; el hombre no puede ser formal y respetuoso más que con la verdad y por la verdad.

Hay que iniciarle en la importancia y valor del trabajo y la economía, y hacerle que aprenda á estimarlo como un deber y no como un sufrimiento, y que saboree los resultados.

No cabe esperar honradez donde las caricias de la más perfecta moralidad no sea el ambiente que los padres dan á respirar á sus hijos; el niño tiene por bueno cuanto sus padres hacen, y si no lo fuere, los hijos los imitarán y serán continuadores de cuanto en su casa hubiesen aprendido.

Nada hay tan repugnante como oir frases y feos conceptos en los labios inocentes de un

niño, y sin embargo, hay familias de tan mal gusto que gozan en estas gracias tan mal entendidas.

Vamos á terminar con lo interminable, como lo es el asunto que tratamos: fortaleciendo y perfeccionando la educación de la madre, se fortalece y perfecciona la educación de los hijos; su salud se preserva de mil males, porque la higiene es atendida y la Ciencia escuchada, y la sociedad en general recibe los beneficios que la cultura proporciona.

XI

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA MUJER

Al llegar á este punto, lector, seguramente se te representarán en tu imaginación, envueltas en las gasas de tu más tierno cariño, tu madre, tus hermanas, tu esposa y tus hijas.

De tal manera forman parte de tu ser, que todos los males que en ella pudieran reçaer, te sería muchísimas veces menos doloroso el soportarlos tú.

El alma nuestra, la base de nuestro modo de ser y de pensar, nos lo dan ellas; desde que nacemos y sentimos su primer beso hasta que la humedad de sus ojos y el calor de sus labios nos dan el eterno adiós.

Bien merece, pues, que fijemos nuestra atención en la manera tan deficiente que se las educa, poniéndolas fuera de lo que la realidad reclama, agrandando la dificultad para vencer las resistencias que la vida ofrece y que la debilidad de su sexo les impone.

La mujer es eminentemente sensible por naturaleza; de ahí su curiosidad y constante afán

de conocer y tratar de asuntos que no la interesan en más de una ocasión; por igual motivo es melindrosa, irreflexiva y voluble en sus juicios; tiene muchas cosas de niño, pero la Naturaleza le ha dado también un alma apropiada para amar con pasiones de arrebato que la conducen casi siempre al heroísmo, y más de una vez á caídas más dignas de compasión que de desprecio; por iguales motivos se apasionan más por la Religión, sienten más que piensan, quieren con ceguedad y aman con fiebre; están siempre dispuestas al bien, y cuando son criminales lo son irreflexivamente; lo son como por locura, sin medir distancias.

La educación hace una segunda naturaleza, y en nuestra sociedad se cometen verdaderas enormidades de educación con ella; desde que empieza á ser púber se la acompaña siempre, con lo cual la decimos indirectamente que no nos merece confianza y que no es capaz de cuidar de su persona; de tal manera es la cosa, como decimos, que *no está bien visto* el que una señorita vaya sola ni á misa; en vez de robustecer en los primeros pasos de la vida una voluntad que tiene que vencer y desdeñar más obstáculos que el hombre, la hacemos ñoña y ridícula.

Por tal razón, cuando el viento de la desgracia sopla, es una débil pluma que la arrastra por la calle de la Amargura para morir, casi siempre, clavada en la cruz del martirio y de la desgracia.

En las escuelas se las enseña algunas cosas

útiles, pero la mayoría son completamente maneras de perder el tiempo más precioso de su existencia; sabrá tocar el piano, pero no sabrá coser ni arreglar una camisa suya ni de su marido; hablará muy mal el francés, pero ni sabrá el castellano ni cuáles las reglas generales de higiene y arreglo de su hogar; pintará y bordará mal, pero ignorará el cuidado y las reglas de buena economía y aseo de su casa; habrá aprendido mil mojigaterías religiosas, pero ignorará sus deberes para con su marido y para con sus hijos cuando llegue á ser madre; á ella todo se la oculta; que no lo oiga la niña; á mantenerla en el mayor estado de inocencia; que no sepa esto, que no sepa lo otro, y el día que contrae matrimonio la pobre criatura, ordena y dirige su casa como un nido de monas, y en los principios de constituirse la familia aparecen á sus ojos de repente cuadros y más cuadros de la realidad que la aturden; si en vez del matrimonio es la orfandad, allí hay un ave suelta en el océano sin saber orientarse.

No la damos medios de vida propia; en vez de decirla: «tú tienes una inteligencia y una facultad para conducirte», la tapamos los ojos para que, á ciegas, caiga en los peligros de su propia ignorancia; no fortalecemos su espíritu para resistir los gritos de su naturaleza, y, mucho menos, para vencer las solicitudes del exterior.

En vez de hacerlas pensadoras y recrearnos con su finura y con su ingenio, gozamos en su ignorancia.

No puede haber felicidad donde no penetren los destellos de la razón alumbrados por la verdad; creer que una persona puede ser dichosa en la ignorancia y que puede producirnos alegría con sus equivocaciones, es lo mismo que si nos riyéramos á carcajadas porque un ciego que marchase por la calle sufriese caídas y tropiezos por la desgracia que le abrumaba.

Esto lo decimos en cuanto al orden moral, y en cuanto al orden físico, cuando más reclama la naturaleza agilidad y desenvolvimiento muscular para su desarrollo, se la prohiben toda clase de juegos y ejercicios, se la ciñen vestiduras que oprimen su seno de manera despiadada á fin de *entallarlas*, la anemia mata las rosas de su cara y su salud es casi siempre defectuosa.

Todo esto procede del falso concepto de la hermosura, que no está en esos pintarrajeos de albayalde, que las hace intolerables, y esos aromatizamientos de botica que tanto molestan y repugnan; la verdadera belleza está en la salud, tanto, que una muchacha puede ser más ó menos acabada, pero como sea sana y robusta, su misma sangre le dará vivacidad á sus ojos, alegría á su semblante, gracejo á sus movimientos, y más conquistas hace la salud que todas esas composiciones artificiosas y antihigiénicas.

En el orden intelectual las hacemos inservibles á sí mismas y á la sociedad; se las cierran todas las puertas á fin de que por sí mismas encuentren medios apropiados de una vida honesta y provechosa; todo lo vemos en ella como

una transgresión que su sexo le impide, y no las damos un lugar digno en el trabajo humano, ni en la Ciencia, ni en el Arte, ni en la Industria, y si alguna ocupación se la permite, se la paga mal; siempre se la condena á la miseria; no la damos más extensión á su actividad que el hogar, y ni aun para esto se la educa bien; tanto, que si así se hiciera, ella sería la primera y más eficaz institutriz de sus hijos y nos darían fuertes generaciones intelectual y físicamente, y esto, que parece tener poca importancia, robustecería la voluntad de la Patria.

La madre española es modelo de virtud y de cariño, y si esas grandes virtudes se cultivaran, serían motivos de inmensos bienes nacionales, y ellas, que han dado héroes que han asombrado al mundo, también sabrían darlos que fueran gloria de los nuevos derroteros que el progreso indica en la vida moderna.

En el orden físico hay que formar un ser sano y robusto, que á los encantos naturales, los adornos de la salud, le den la hermosura de la matrona, á fin de que, una naturaleza fuerte, reporte una voluntad poderosa y capaz de dar á las generaciones que originen vigor y capacidad para empresas que engrandezcan los esfuerzos de la inteligencia y del trabajo.

Mientras la mujer no sea una voluntad dirigida por una inteligencia que piense, nosotros seremos una generación enteca de entendimiento, y mientras ellas no sean en el orden físico las verdaderas matronas que la higiene y ejer-

cicios naturales las robustezcan, nosotros no seremos más que unos anémicos y raquíticos degenerados.

BIBLIOTECA PUBLICA

XII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD RESPECTO Á LA HIGIENE

Uno de los primeros beneficios que reporta la cultura y la educación es la de dar á la salud y á su conservación toda la importancia que merece; los griegos, que fueron los que reunieron más altas condiciones para los estudios en todos los órdenes, y que son los recopiladores de la antigua sabiduría, y por tanto los maestros del mundo, fueron también los higienistas más grandes de la Historia: baños públicos, gimnasios, carreras, natación, luchas y cuanto contribuía á fortalecer y á mejorar la vida; todo, absolutamente todo se cultivaba y fomentaba con carácter público, constituyendo certámenes y ferias que eran verdaderas funciones nacionales, en las que los ejercicios corporales y de inteligencia llevaban los principales atractivos y las glorias de los triunfadores originaban éxitos tan extraordinarios que nosotros no concebimos.

Jamás en período alguno de la historia del hombre alcanzó mayor perfección la figura humana, ni el arte ha podido superar los hermo-

sísimos mármoles que aquel pueblo de artistas, de filósofos y de higienistas nos legara.

Aquellas obras son copias fieles de aquellos adoradores de lo bello; fueron, antes que mármoles, seres vivos de carne y hueso como nosotros, pero aquellas perfecciones son el resultado de un exquisito aseo de la piel por medio de los baños, de ejercicios corporales ordenados, de una alimentación apropiada, suficiente y la necesaria.

Sin la alta idea de la salud que aquel pueblo tenía, no hubiera sido precepto público, escrito en todas las escuelas, gimnasios y templos *mens sana in corpore sano*, es decir, la salud del cuerpo es la base de la salud del alma; y tan encarnada tenía la idea de la salud y la de su conservación y la belleza, que de aquel pueblo no sabemos qué admirar más, si la gallarda y sublime idea que tenían de lo bello, ó sus majestuosas avanzadas de la ciencia; por ambos conceptos pudieron comprender cuánto importa la salud y la relación que guarda con la hermosura un cuerpo sano.

La mujer de formas más correctas, sin salud, no podrá inspirar más que compasión; una naturaleza sana y robusta, aunque no tenga formas muy proporcionadas, no podrá por menos de producirnos cierta simpatía por la salud que en ella rebosa.

Hoy empieza á estudiarse entre nosotros algo de lo que importa fortalecer la salud del cuerpo, sin lo cual no cabe robustez en el alma.

La enseñanza primaria en locales cerrados se desterrará con el tiempo, y las lecciones se darán al aire libre, como hicieron los peripatéticos de la Grecia; el oxígeno libre del campo, los paseos, el estudio de las plantas, el del aire, del agua, de las piedras, de la luz y de los animales constituyen un museo inapreciable y una serie de motivos tan grande, que si hubiera un solo hombre que reuniese todo cuanto los demás hombres saben, ese hombre sería un pobre ignorante para poder explicar el mundo infinito de maravillas que cualquier asunto de nuestro museo encierra. Ese sabio, probablemente diría á sus discípulos: cuidad vuestra piel, lavándola y frotándola cuidadosamente; haced ejercicios corporales apropiados á cada edad y á la naturaleza de cada individuo; comed no más que lo necesario; no abuséis de las bebidas espirituosas, y si las suprimís será mejor; no os abrigueis demasiado, ni llevéis vuestras carnes tan al descubierto que los cambios de temperatura puedan mortificar vuestra salud; preferid en vuestros ocios la vida de campo á la de ciudad, que el café, el teatro y todo centro de grandes reuniones es inmenso mezclador de inmensos males que todos los que á él concurren se apropian ó regalan en común; de seguro aconsejaría que vuestro trabajo intelectual sea apropiado al de vuestras fuerzas físicas; que las grandes emociones no provoquen violentas sacudidas del corazón, de consecuencias fatalísimas; que procuréis aseo en vuestros vestidos; que se aclimate

á los niños á baños cuotidianos, que de la falta de aseo nacen la mayor parte de las enfermedades; y, en fin, os daría un curso de higiene de la vista, de la piel, de los oídos, de cómo tendrían que habérselas con el aparato digestivo, etc., etc.; y pasando á conocimientos más amplios, os diría las dimensiones y la luz de vuestra morada, que debe estar alejada de terrenos húmedos y pantanosos; cómo habría de ser el alcantarillado y cómo debemos procurarnos agua suficiente, alejando todo foco de basuras y elementos de descomposición; cómo deben ser tratados los alimentos para que sean puros; cómo se debe tratar la educación física y moral de la juventud; cómo se debe organizar el recreo, condiciones de fábricas y talleres; y, en fin, sería tanto el interés que demostraría por vuestra salud, y os encargaría con tal fe cuanto con la vida hace relación y á su conservación y desarrollo, que de seguro sus discípulos inscribirían en su conciencia, sin darse cuenta, el precepto griego *mens sana in corpore sano.*

Tan importantes son las cuestiones de higiene, que la potencia y las energías nacionales dependen del vigor de sus ciudadanos.

Es asunto de vital interés; tanto, que no es preciso reflexionar mucho para comprender que el más preciado tesoro es la salud, y todo el interés que á conservarla se dedique jamás será suficiente.

El pueblo romano dedicó á los baños públicos sus edificios más extraordinarios; el pueblo

árabe tiene las abluciones como precepto religioso, y, por consiguiente, los baños; Suiza tiene verdadero orgullo en sus Sociedades gimnásticas; en Alemania é Inglaterra ya no se consiente edificación sin que tenga baño y todos los requisitos que aconseja la higiene; algo se empieza á hacer entre nosotros, pero somos tan poco pulcros que apena ver las gentes sin el aseo debido.

Es cuestión que pide energía en las escuelas: educación higiénica tan necesaria como el que desaparezca el analfabetismo; muchos niños mueren por falta de higiene, muchas enfermedades causan estragos en los adultos por igual razón, y aunque el período medio de la vida del hombre se ha prolongado, no por eso falta poco que hacer para que alcance el promedio que la ciencia entiende que debiera alcanzar si los conocimientos de la higiene se extendieran por la cultura lo que tan imperiosas necesidades reclaman.

XIII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA VIDA ECONÓMICA

Los tiempos que corremos reclaman previsión y orden excepcional en la distribución de los medios económicos.

El ahorro es una virtud previsora, á la que acompañan como secuela natural la moderación de costumbres: formalidad, honradez, laboriosidad é inteligencia.

No cabe felicidad doméstica sin orden económico, ni es más rico el que posee mayor fortuna, sino el que modera y regula sus ingresos y gastos de manera que los primeros excedan á los segundos; dentro de este plan caben todas las posiciones y fortunas, y donde la previsión no cierra las puertas de los excesos, tarde ó temprano vendrá la bancarrota, y la miseria tomará asiento donde el derroche no tuvo freno.

Para ahorrar hay que trabajar, y el que trabaja produce, y es bueno; al cansancio sigue la placidez del reposo, y en esos momentos en que

se siente la satisfacción del deber cumplido, Dios bendice al trabajador, y allí no caben malos pensamientos ni puede haber más ambiente que el de la honradez y la virtud.

Tan poderosas son las razones que abonan estas ideas, que los pueblos más adelantados tienen, en sus planes de enseñanza popular, la de inculcar el ahorro en la infancia, porque también es la única manera de que los pueblos puedan llegar á ser prósperos y felices.

Sólo por estos medios el niño llega á hombre convencido de que, por el camino del orden y la previsión, podrá, en el trayecto de su vida, desenvolver energías que le hagan fácil su existencia, y como los medios económicos son tan íntimos, que sin ellos no hay riqueza, ni progreso, ni vida posible, de ahí nace la gran atención con que se los estudia y dirige.

El ahorro es la base del *capital*, que á su vez es hijo del *trabajo*, y como toda empresa tiene que fundarse necesariamente en el capital, no pueden ambos desenvolverse ni fomentarse las industrias sin que el ahorro les preceda, y de ahí la razón de que los pueblos que más cultivan esa virtud sean también los más prósperos, porque todas sus fuentes de riqueza son explotadas ordenadamente y bajo la base de la honradez.

El hombre económico es trabajador también por necesidad, y al ver cómo al calor de sus esfuerzos crea y fomenta un venero de riqueza, que él llama suyo, porque allí ha impreso algo

de su ser, ese hombre es útil á sí mismo, útil á la sociedad, útil á su familia, que hace se compenetre de su ambiente, y su nombre es siempre querido, mereciendo la justa confianza de cuantos le rodean, porque también el crédito se asienta en el orden, en la actividad y en las virtudes que envuelven al hombre laborioso y económico.

A primera vista, el ahorro parece que solamente tiene un interés individual; pero mirando desde mayor altura, el bien de mi vecino también llega á mí, y como el poder y la fuerza nacional es la resultante de todos los individuos que la componen, si la gran mayoría de los ciudadanos tienen la virtud del ahorro y del trabajo, y cuantas condiciones reúne el hombre ordenado, la resultante económica de la Nación será de la economía, laboriosidad y orden, y, por tanto, todos los aspectos de ese gran nudo social será próspero y honrado; por esta razón toma carácter de interés general el propagar y fomentar esa fuerza inicial que tiene su asiento en la Moral y en la Religión.

Los hombres que dedican su actividad á la vida pública habrán de salir de ese todo nacional, constituyendo su organización (el Estado), y tomando como norma ese mismo concepto del orden, que se deriva de la virtud del ahorro, imprimirán al desenvolvimiento de la vida social los caracteres de seriedad y de honradez que se fomentara en las escuelas, y habrá probidad en la Administración pública, equidad en

la distribución de la Justicia, actividad y progreso en la Industria y el Comercio, avance en las Ciencias, esplendor en las Artes, y la riqueza y el bienestar el fondo sobre que se destaque la vida pública.

El hábito de la economía y el ahorro crean grandes energías que llevan la felicidad al hogar, inclina á placeres honrados que fortalecen la vida y robustecen el espíritu de los que lo cultivan, y la libertad se engrandece, porque el hombre sabe cuánto puede y cuánto vale el trabajo, y porque llega á esta santa conclusión: *sólo el que trabaja y es honrado puede gozar de libertad;* y el que así piensa, como todo se lo debe á sí propio, solamente dobla su voluntad ante lo verdadero y se rebela contra la mentira y se impone, sirviendo de este modo al Bien y al Progreso.

La lucha de nuestros días es una lucha matemática: lucha de inteligencia que investiga y arranca á la Naturaleza sus tesoros; lucha en la que hay que hacer más en menos tiempo y con el menor esfuerzo posible; lucha en donde hay que economizar tiempo, esfuerzo y dinero. El ahorro y el trabajo son el problema de nuestros días; la crisis por que el mundo atraviesa no es más que cuestión económica, en la que todos los hombres tienen que poner la parte de esfuerzo que á cada uno le corresponde; lo que cada uno consume debe ganarlo, y, si así no sucede, lo toma de los demás, y en ese terrible dilema de justicia humana, en que el que no

hace lo que debe y el que *cumple* con sus deberes y obligaciones, *haciendo* en el concurso humano cuanto le es dable para sí y para los suyos, está entablada esa gran lucha que obscurece el mundo con sus odios y rencores, y que Dios sabe á dónde llevará á la humanidad; pero que, en suma, es cuestión de equidad.

Por aspecto desagradable que presenten los problemas sociales, no se les debe volver la cara, sino mirarlos con serenidad, y la manera de vencerlos no es otra que la de la educación formando voluntad nacional, tanto para ensanchar los medios de producir riqueza como la de conservarla.

Trabajo inteligente y economía son verdaderos frenos del derroche y de la dilapidación que, á su vez, generan la usura, contra la cual no hay más ley que la ley del trabajo, porque el ocio y el vicio siempre hallarán medios de barrenar cuantas disposiciones se dicten, y la Historia demuestra lo que decimos, pues cuanto se ha legislado sobre la materia, no ha servido más que para empeorar la situación de los que á tamaño mal se entregan, y no hay mal social, por grave que sea, que no tenga su razón de ser; el desarreglo económico y el desbarajuste han creado ese grave cáncer social, y en más de una ocasión sería cosa de estudiar quién puede ser más culpable, si el que á ella se dedica ó el que á ella acude; quizás serían despreciables en muchos casos ambas voluntades; cuando no se lleva escrito en el fondo de nuestra alma ciertas

virtudes que la educación y la cultura imprimen en nuestra voluntad, todo otro procedimiento es inútil.

XIV

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LAS AMBICIONES LEGÍTIMAS

Aspirar á ser, el deseo de avance es una ley natural y legítima, y desgraciado de aquel que no siente el acicate de mejorar su condición en cualquier orden de la vida.

El anhelo de la Ciencia, de las glorias por el Arte, de las riquezas, del Bien, del patriotismo, del Progreso, de una Industria, en fin, todo cuanto significa honrosas ambiciones merece calurosos plácemes.

Individuo ó sociedad sin aspiraciones, es cuerpo sin alma.

Es muy corriente entre nosotros ese principio de conformidad que tantos espíritus valerosos enfrena, perdiéndose para el progreso y el bienestar sus iniciativas.

La vida es afán, deseos nunca satisfechos, más, siempre más; el deseo de algo es fuerza irresistible que empuja la vida; el que nada desea ni nada ambiciona es un soldado fuera de combate en el orden social.

En la lucha que todos tenemos entablada nos

cernemos en el infinito, pero la idea de conseguir algo que nos proponemos, borra las dificultades y nos hace agradable el peligro de la batalla.

Luchar, ambicionar honradamente, desear algo que ennoblezca, eso es vivir.

La idea de hallar un mundo ignorado lanzó á Colón á mares desconocidos, cuya magnitud de tan atrevida empresa hoy no meditamos sus riesgos y animosidad de espíritu; amó una idea, y los peligros no fueron obstáculo para realizar la empresa.

La Medicina tiene tantos héroes en busca de medios que aminoren los dolores humanos, que el enumerarlos sería motivo de una interesantísima biblioteca.

En las ciencias físicas y químicas los hombres, en el afán de adquirir un conocimiento del intrincado laberinto por que la Naturaleza se rige, ¡cuántos mártires sacrificados en bien de la humanidad, cuántas valientes voluntades gastadas! Franklin inventa el pararrayos; Lavoisier analiza los gases; Pascal crea para la Geometría horizontes desconocidos; Newton y Keplero observan leyes firmes del movimiento de los astros; Davy, con su lámpara, libra á los mineros de catástrofes espantosas; Galvany crea la electricidad animal; Papin alimenta á los pobres del hospital con los despojos de las carnicerías, con suculentos caldos, gracias á la marmita de su nombre, y, en fin, Stphenson nos da la locomotora; Bunsen leyes químicas inmorta-

les; Pasteur investiga la vida de seres infinitamente pequeños, origen de terribles enfermedades, y abre un inmenso campo de estudios novísimos; Hertz y Tesla investigan fuerzas eléctricas ignoradas que enlazan la materia cósmica del espacio infinito; el mundo se transforma; la sociedad lucha afanosa y mejora su condición al empuje de las ideas de bien y avance, siempre anhelando algo más, lucha inmensa y gigantesca, cuya acción se extiende por todas las necesidades sociales.

El niño quiere juguetes, el joven enloquece por amores, el hombre lucha por los intereses de la familia, el anciano es avaro de cuantos recursos la naturaleza le va negando, y el mundo marcha impulsado por el látigo de ese algo que todos deseamos, que nos quita el sueño, y que, mal que nos pese, es la atmósfera que vela nuestra modestísima condición.

El Progreso, en suma, no es más que un mundo de ideas que mejoran nuestra condición y que se multiplican á medida que se van realizando, al tiempo que aparecen otras y otras, siempre mejores, siempre acercándonos al eterno ideal de perfección que nunca llegaremos á ver satisfecho, pero que ¡ay! de la sociedad que no siga esa dirección, que será atropellada por los que avanzan y luchan.

Por tales caminos, los pueblos que van delante de nosotros han aplicado la Mecánica á la Agricultura, y han conseguido resultados que no pudieron soñar sus antecesores ni nosotros cono-

cemos; han aplicado la Química al mismo objeto y han sustituído los abonos y obtenido resultados asombrosos en semillas y cosechas; han aplicado la Ingeniería y modificado el curso de las corrientes y retenido las lluvias; piden auxilio á la Industria y realizan verdaderas maravillas en las transformaciones, transportan á todos los ámbitos del planeta sus productos y trabajan para la Humanidad, á la que hacen á la vez su cooperadora, ¿han llegado al límite de sus deseos? Jamás. Luchan y avanzan en una línea sin fin, que nunca agotarán, pero que así deben ejecutar si han de cumplir el destino del hombre en la tierra.

Esto mismo sucede en todo, y en la Instrucción pública, donde se forma al hombre y donde se hace el ciudadano de mañana, se enseñan los medios todos de hacerle apto para esa lucha; allí, los métodos de la filosofía de la enseñanza se perfeccionan de día en día; la cultura alcanza á todos los ciudadanos y se procura que sea lo más intensa posible, y con ello dan facilidades asombrosas para que pasen y prosperen las avanzadas del progreso.

Como una consecuencia natural, el que sabe, el que tiene más clara idea de la realidad, sirve con su esfuerzo á las generaciones futuras y es prudente al recoger el fruto de lo que le legaron las anteriores; trabaja para sí y para los demás; tiene ambiciones nobles y el egoísmo no predomina.

Gracias á ese hermoso afán que nos muerde

sin piedad, el mundo marcha, y el que aspira á la Gloria, á servir á la Patria, á la Ciencia, al Bien, á la Industria, al Comercio, á conseguir riqueza, gracias, decimos, á ese atán sin límite, gozamos de los beneficios que tales esfuerzos nos proporcionan y florecen todas las orientaciones del trabajo humano.

Las sociedades que viven ensimismadas en la contemplación, son verdaderas momias que obstruyen y destruyen las energías de los demás; hay que querer algo, ambicionar alguna cosa, pero quererla y ambicionarla con todos los afanes de nuestra alma, si queremos llegar á ser alguna cosa; con la atonía, con esa calma meridional que nos aplana, no se va á ningún lado.

El que se propone hacer algo, llegar á ser rico, sabio, distinguirse en algún aspecto de la actividad humana, lo consigue y debe conseguirlo; la cuestión está en querer; el que quiere una cosa la consigue, y el que nada anhela ni nada ambiciona es un estorbo en la sociedad.

El cuerpo envejece; la voluntad para querer algo debe ser siempre joven, y así vemos tanto viejo que ha dado frutos sabrosísimos á la humanidad después de la senectud.

Antes que se acaben nuestros afanes, debemos desear que se nos acabe la vida. La falta de ideales ha hecho más suicidas que todas las otras causas juntas.

¡Niños, jovenes y ancianos! Sirvamos con amor nuestro ideal, sea cual fuere; todo, menos dejar de querer algo; así es como la vida tiene

su aroma y su razón de ser; si conseguimos lo que deseábamos, hagamos honor á otro ideal; hay que crear otra idea, que es la única manera de que no sintamos fatiga por el trabajo; el trabajo, que es deber ineludible que á nadie excusa, ricos y pobres, todos absolutamente venimos obligados á eso, y quien no lo hace es porque nada ansía y quiere vivir sobre el esfuerzo ajeno, porque carece de un honroso ideal.

La educación, para terminar, es la que da buenas ó malas direcciones á las cosas á que aspiramos; hay que llevar por la enseñanza al individuo hasta las puertas de la Moral é informarle de las ventajas que ocasiona el dirigir nuestra voluntad en las direcciones del Bien; los afanes de una sociedad en tal sentido inclinada, no pueden conducir más que á los derroteros de la felicidad, y la Religión necesariamente habrá de bendecir los anhelos de todo progreso y de todo trabajo que tiende á seguir una línea de universales beneficios.

XV

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LAS COSTUMBRES PÚBLICAS

La educación y la cultura de un pueblo se conoce en la manera de conducirse en público; en esa convivencia social anónima, lo mismo en su porte que en sus gustos, en sus conversaciones, en su corrección, diversiones y en todo cuanto significa relación social.

Adviértase que decimos educación y cultura, porque la *educación* dice relación á la urbanidad y al acto moral de conducirse; y *cultura*, á la perfección del entendimiento, á su labor y refinamiento intelectual, mediante el estudio. Ambas ideas son paralelas, pero distintas; las dos se completan, pero una persona puede ser culta y rica en conocimientos y deficiente en educación; y, por el contrario, puede ser persona no muy culta y de una exquisita corrección.

Cuando un pueblo carece de ambas cosas, su vida está llena de inconvenientes, y se hace poco menos que imposible, porque ni la ley se forja

por razones bien sentidas, ni por consecuencia se las respeta, y las relaciones sociales se resuelven en choques violentos, que terminan en crímenes y delitos; la seguridad personal está defendida muy débilmente; la propiedad no está bien garantizada; en lugar de la justicia, surge la arbitrariedad; la equidad, en egoísmo; los sentimientos de piedad, en venganzas personales; el culto al bien lo mira con indiferencia, porque los destellos de la moral no pueden penetrar por entre la ignorancia para informar las relaciones de la vida.

Por tales razones, la conciencia pública no rechaza con la debida energía las injusticias y las arbitrariedades, porque para ello hay que sentirlo; carece de criterio propio y ve con impasibilidad hasta el látigo que le atormenta; no se puede sublevar ni emitir los medios de corrección, porque los ignora; es religioso en la forma exterior, pero desconoce las hermosuras del fondo; llena el ánimo de tristeza lo que resulta en nuestras costumbres por falta de cultura y de educación; el concepto que tenemos de la Autoridad es desastroso; no lo sentimos bien; la obediencia nos resulta dura, cuesta trabajo; la idea que tenemos del Estado es borrosa, y no nos merece la santidad y el respeto que requiere; y como la Autoridad y el Estado, y la ley y la obediencia, y todas nuestras manifestaciones sociales somos nosotros mismos quienes las producimos, no pueden por menos de estar en directa relación con nuestro modo de

sentir íntimo, y si la cultura y la educación es perfecta, también serán perfectas las maneras que tengamos de relacionarnos socialmente; y si es incompleta, será deficiente; y si es nula, nos conduciremos de manera muy primitiva, sin que las direcciones que la razón nos traza sean las que sigamos, y, por consiguiente, el instinto dirigirá nuestros actos.

La cultura y la educación de los pueblos es á sus costumbres y modo de ser como el sol es á la luz.

La cultura nos dice las bellezas del lenguaje, y la educación las moraliza y corrige; la cultura nos muestra la verdad, y la educación nos enseña á quererla, á saberla manifestar y á odiar el error; la cultura nos pone de manifiesto las ventajas que la Ciencia social reporta, y la educación hace esas relaciones fáciles y agradables; la cultura nos habla de la Justicia y el amor al prójimo, y la educación los transforma en actos de equidad y fraternidad; la cultura nos enseña las maravillas de la Naturaleza, y la educación á respetarlas; la cultura nos lleva á las puertas de la Moral, y la educación á que adoremos el bien como una consecuencia de las leyes de aquélla, y, en fin, la cultura investiga la verdad, forja la Ciencia, y ante las maravillas del Creador cae de rodillas abrazado á la Religión, lugar de consuelo ante lo Desconocido y lo Incomprensible; la educación le coge y le inclina ante el altar de sus creencias, sin fanatismos, sino ungido de Fe, de Esperanza y Caridad.

Volvamos el reverso de la medalla, y el pobre ignorante, el que carece de cultura y educación, su lenguaje es rudo, desconoce sus hermosuras y el sentimiento de su alma; no templado por los resortes del estudio, rompe en imprecaciones, confunde la verdad con el error; en lugar de amar á su prójimo, no siempre lo hace, sino que le odia y le persigue con crueldad y avaramente desea su bien; en lugar de caridad la envidia le muerde en sus más hondos sentimientos; el lugar de la justicia lo ocupa la arbitrariedad y el despotismo; no conoce las hermosuras del bien, y su religión es un fanatismo que confunde el perdón con la venganza, la prudencia con la ira, la humildad con el orgullo, y como el bien no puede brillar con toda su fuerza, en su obscurecida inteligencia no siente el respeto á la ley, para el cual no existe otra que su capricho arbitrario; no ve en el Estado más que un tirano que le limita su voluntad, ni sus relaciones sociales son agradables, sino adustas; ni ama á la Naturaleza, porque ignora los bienes que le presta; ni ve en Dios la fuente suprema del bien, sino la omnipotencia de la fuerza y del temor, y, en fin, como desconoce la belleza, las tinieblas le envuelven y sus manifestaciones son desconsoladoras porque cierran la puerta á todo progreso.

En cualquier parte donde vayamos y haya público, veremos este fenómeno reproducirse constantemente; escuchad en una plaza pública ejecutar una pieza de música; el silencio y la

más exquisita atención os darán la norma de un público y el barullo y el desorden el del otro; la pulcritud en el vestir, la manera de conducirse, el placer en el bien ó en el dolor, en sus gustos, en sus inclinaciones, en sus distracciones, en todas las cosas se marcarán como en un termómetro la medida de la cultura y educación.

Comparad los resultados de la romería de una de nuestras aldeas y los de una Exposición Universal; allí termina en catástrofes sangrientas y la otra en manifestaciones agradables por los triunfos de la inteligencia ó del trabajo; allí el luto y el dolor siguen á una alegría frenética y destemplada, y en la otra el premio á los esfuerzos realizados y una serena satisfacción del espíritu; allí desastres de la ignorancia y en la otra destellos de la inteligencia.

El hombre, como la planta, tiende á dar el salto atrás; el cultivo y las labores cambian y transforman los vegetales mejorándolos, y otro tanto sucede con nuestra inteligencia; si observamos con atención, veremos cómo se agrupan las personas de igual grado de cultura y educación casi de un modo instintivo; cómo á los modales finos y la corrección corresponde la prudencia y el gusto exquisito en la pobreza y en la opulencia; cómo á un escaso cultivo intelectual encaja el mal gusto en su presentación y ordinariez en sus formas, vanidoso é insoportable en la opulencia y poco resignado en la pobreza.

La cultura y la falta de educación, triste es

decirlo, pero todos los días se nos pone de manifiesto en nuestro pueblo; el paso de la bandera en manos de un militar, símbolo de la Patria, reclama la buena educación que nos descubramos ante ella; como no nos lo enseñan, lo ignoramos é incurrimos en esta incultura.

Las insignias de la Religión sintetizan la idea más Alta, más Incomprensible; la idea de Dios pide respeto y acatamiento; más aún: lo merece, sea ó no de nuestra Religión, con error ó acierto; toda idea religiosa á Dios se dirige, y aparte de que de no hacerlo aparezcamos como irrespetuosos con la idea, molestamos y ofendemos á las personas que la rinden culto.

El respeto á la ancianidad es sagrado, y es doloroso que con tal motivo, cuando van envueltos en la miseria y en la desgracia, se den espectáculos poco edificantes, y otro tanto podríamos decir del amparo que reclama el desvalido, que no siempre lo encuentra.

La cortesía y respeto á la mujer merecería un tratado especial; se la desampara y aherroja, y en la vía pública se dan casos que, en vez de galanterías, se las ofende y mancilla; eso no es moral ni cristiano; pensemos, al hacerlo, en nuestra madre, en nuestra hija, en nuestra hermana ó en nuestra esposa.

La conversación en público la escuchamos á diario llena de blasfemias y giros muy desagradables, sin pensar el que tal hace que molesta á los demás y lanza sobre sí el dictado de poco correcto cuando no algo más duro.

El martirio con que son tratados los animales nos ofrece espectáculos que á gritos piden amparo á seres desvalidos que, tras de prestarnos su esfuerzo y su vida, no tienen más bien que el de nuestra voluntad, no saben ni pedir amparo, ¿no grita la conciencia pública un poco de piedad?

Las plantas son nuestras bienhechoras; parece que nuestro público les tiene odio á muerte. ¿No son todas estas manifestaciones que reclaman el cultivo y educación de la voluntad pública haciéndonos mejores individual y colectivamente?

Es obra nacional, cristiana y patriótica si queremos que tales espectáculos no se manifiesten; no es cuestión de leyes penales, es cuestión de educación y cultura; el público es bueno en el fondo, pero ignora, y el que no sabe es como el que no ve.

XVI

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA VIDA PÚBLICA

El hombre que dedica su actividad á la vida pública es preciso que tenga, no sólo ciencia, sino también una conciencia inmaculada.

El prestigio político más bien sentado, pierde su autoridad tan luego se ve empeñado por actos que acrediten lo contrario, y las mejores soluciones sociales presentadas por un hombre desprestigiado dejan de tener la fuerza lógica que la intención más decidida pueda imprimirles.

Sí; la honradez y la ciencia le dan muchos quilates de valor, ésta aumenta maravillosamente si va acompañada de tacto y energía.

El talento del hombre público tiene su principal radio de acción en el estudio social del país que ha de gobernar, estudiando principalmente su historia, su cultura, sus aspiraciones y los medios necesarios para encauzar su dirección hacia el progreso moral y económico.

Esto reclama sacrificios muy grandes y en más de una ocasión acerbas censuras en vez de aplausos, pero cuando hay firmes convicciones y están bien estudiados los planes determinados, el aplauso y la notoriedad no deben ser lo que ambicione, sino la de mejorar é inclinar la acción pública en el sentido de su ideal.

La notoriedad, el lucro y el favor son especie de Luciferes que arrastran á la mayor parte de los hombres públicos al desprestigio.

Cuando la honradez y el ejemplo son las líneas de conducta para el hombre que aplica sus actividades é iniciativas al bien público, adquiere Autoridad, que es la fuerza moral: fuerza que debe ser la aspiración noble y honrosa á que debe tender, desde el concejal de la más modesta aldea, al que ciñe corona.

El público siente la justicia, y cuando se ve regido por hombres probos, hasta los problemas planteados con error manifiesto tienen la autoridad y la fuerza moral que les imprimen sus autores; los estima como equivocaciones, pero nunca como motivos de bastardos intereses.

Cuando, por el contrario, predominan en los asuntos de interés general pasiones é inmoralidades, el disgusto y malestar se hacen públicos.

Cuando la conciencia pública no tiene el vigor de arraigadas convicciones, no predominan en las esferas de la misma los mejores, sino los más atrevidos, los más procaces, con visible

daño de los intereses generales; los hombres de conciencia sana rechazan toda intervención donde el agio y el favor tienen su asiento, y de tal manera se hace general el daño social, que son muy pocos los elementos que no se hallan contaminados.

Por tal concepto, la mayoría se hace egoísta, rechaza la equidad y la justicia, y la resultante directriz, como nacida de ella misma, tiene sus mismos caracteres, y en tal sentido dijo un hombre eminente que «cada país tiene el Gobierno que se merece», y con ello sentó una gran verdad.

Llevad á una sociedad que así piense hombres probos, que se opondrán á sus determinaciones y falsos derroteros de la mayoría, y necesariamente habrán de rendirse á los hechos y desaparecer de la escena pública, para ocultarse en el fondo social á rumiar, silenciosos y doloridos, los rudos golpes que se irán desarrollando en el transcurso del tiempo en su país.

El remedio de males tan transcendentales no puede obtenerse por otro medio que reforzando la conciencia social con la cultura y la educación; es labor lenta, pero segura; y es tan grande su poder, que de un modo serio y firme toman asiento donde existía la arbitrariedad y el favor, la justicia y la equidad; donde antes predominaba el desorden y el derroche, la armonía y la honrada aplicación de los intereses comunes; en vez del abandono y la inercia del trabajo, la prosperidad y la actividad enriquecen

todas las fuentes de producción; al malestar general surge la placidez del bien, que á todas las clases alcanza; aparece, en suma, la aurora de la honradez haciendo la vida fácil y próspera, cual corresponde á un orden de principios buenos, que tales son los resultados de las conciencias que se hallan poseídas del bien obrar.

¿Qué de particular tiene, que cuando no es así, la Administración pública esté desempeñada por los favorecidos, con grave daño de los intereses comunes, y que los Centros donde debiera prevalecer el bien y el amor al prójimo, cierre el egoísmo los ojos á la caridad, y la Justicia no merezca tal nombre, ni la Política sea honrada, ni la Industria y el Comercio prósperos, ni las relaciones sociales ajustadas á derecho, si les falta la esencia de la honradez, que fortalece y vigoriza la educación y la cultura, que son las que iluminan y hacen resplandecer?

La historia de los pueblos nos lo demuestra á cada paso: cuando predomina la equidad, los hombres más honrados y más probos rigen sus destinos, y cuando se rompen estos moldes, el despotismo y la arbitrariedad ocupan su lugar.

Echad una ojeada por todos los pueblos de la tierra, y veréis repetirse el ejemplo y cómo se desmoronan y hunden cuando se apagan los fuegos de la justicia y de la honradez.

En la vida moderna, todos los organismos sociales se resienten de un malestar indeciso, y merece un estudio muy detenido.

Al Municipio, á la Provincia y al Estado lle-

gan esos clamores de todas partes; la conciencia pública, resentida por los excesos del favor y de la parcialidad, no se acopla bien dentro de esos moldes, y surgen, necesariamente, trepidaciones y movimientos generales, y resquemores de males hondísimos, que sacude, según los modos que encuentra más apropiados, ya que no siempre los más razonables y más justos; ello es que, á medida que examina y se hace cargo de su situación, porque también va viendo por razón de mayor cultura y educación las causas de su malestar, lo soporta cada día con menos resignación, y la equidad se va abriendo paso perezosamente, en razón directa del progreso con que se van fortaleciendo las ideas.

No es que estamos peor que antes; es que se ven con mayor claridad los desniveles del horizonte social, y se lucha por la igualdad, por donde deben pasar la probidad y la honradez, iluminados por la mayor cultura y educación, fieles servidoras del progreso; y los de arriba y cuantos nos gobiernan, venidos de un régimen anterior, ya no pueden lanzarse tan descaradamente á dar paso á sus particulares aspiraciones, porque los de abajo se oponen y los de arriba siguen intentando; y entre el egoísmo de los unos, que quieren dar forma de justo á lo que no lo es, y los otros resistiendo, van dejando pasar multitud de injusticias y de cosas que en otro tiempo hubieran sido moneda corriente.

Lo primero que el médico que llamamos

para que nos cure nuestras dolencias procura, es conocer el mal y la naturaleza del sujeto, y cuando ya se ha hecho cargo del caso que se le somete, se forma su plan y receta; si ha tenido la suerte de ajustar su juicio á la verdad y conoce el remedio, lo aplica y ayuda á la naturaleza á reponerse del desequilibrio sufrido.

Esto mismo sucede en el orden social: el estado de enfermedad que sufre quiere salvarlo; hace esfuerzos para conseguirlo; el doctor es el político que tiene conocimiento del estado morboso social; la medicina, el estado de conciencia en que se encuentra para sortearlo esa misma sociedad; cuanto más claridad tenga de sus juicios, más medios de acierto encontrará para salvarse; y de la escuela popular, dirigida con inteligencia y acierto, saldrá el concejal honrado, el representante provincial digno y probo, el hábil político que rija los destinos de un país, cuyos derroteros le indicarán una conciencia pública capaz de rechazar ó aplaudir las determinaciones de los directores de su desenvolvimiento social.

Por tales caminos hay que esperar el amplio desarrollo de la Industria, la prosperidad del Comercio, el florecimiento de la Ciencia, los esplendores de las Artes, la divinidad de la Justicia, la honradez de la Administración pública, el inmaculado respeto á la Ley, que se fabricará para el bien, el respeto á las Ideas, y el Bien y el Trabajo las fuentes fecundas de la riqueza y de la felicidad del país, que por tales

senderos habrá de conducirse, envuelto por los aromas de la paz, madre de toda ventura, donde caben todas las criaturas, como hijas de la Causa Suprema.

Patria mía, madre de todos los españoles: por esos caminos y por tales derroteros quieren verte conducida todos tus hijos de honrada voluntad, que son la mayoría, y quiera el cielo que mis ojos no los ciegue la tierra del sepulcro sin tener la dicha de presenciarlo.

XVII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN EL AMOR SOCIAL

El odio, ese rencor del alma humana hacia sus semejantes, no puede generar más que luchas y desgracias, males interminables, y así como la dislocación y el desequilibrio no son más que la brusca interrupción de la armonía, de igual manera el odio lleva en su seno trastornos y dolores, el amargo placer del mal ajeno, ansia inagotable del dolor del prójimo.

Sólo el amor lleva en su seno condiciones de felicidad y de ventura; el amor es el lazo santo por el cual los héroes son innumerables; la Familia, la Religión, la Patria, cuanto significa grandes anhelos, no son más que grandes manifestaciones de ese factor poderoso que todo lo aromatiza y lo fomenta.

Toda teoría filosófica ó escuela que tenga por base el odio, es una lamentable equivocación que, aunque sea sostenida de buena fe, no por eso deja de ser errónea, y la dicha no pue-

de existir donde impera el deseo del mal ajeno, cualquiera que sea la razón que lo motive.

Es cierto que las desigualdades sociales son las generadoras de toda explosión del sentimiento de justicia irritado; pero de tal manera pueden ser las consecuencias de los *efectos*, que hay ocasiones en que son más de lamentar sus horribles resultados que los que originaría la *causa* que los motiva; y, además, la desigualdad viene ya establecida específicamente en cada uno de nosotros, dándose en cada uno, con distinta intensidad, los efectos todos de nuestras facultades psicológicas y físicas por razón de Naturaleza, y cuando el mal tiene tan alto origen, la lucha por todo ideal es noble, y noble el ganar prosélitos para llegar, en el transcurso del tiempo, á que se haga real y efectivo; pero toda propaganda que no tenga por base la persuasión dará resultados contraproducentes; el amor de producir bien y felicidad á nuestro prójimo toma en ocasiones tantas energías y tan felices iniciativas, que á su servicio nacen á diario Mártires y Héroes que pueblan los cielos y la Historia.

Cuentan que Orfeo domesticaba las fieras con la música; aquel héroe ha desaparecido con la teogonía griega (los dioses de la Grecia), pero hoy resurge con mayores energías, tomando cuerpo y vida en la cultura y educación, modificando de manera notabilísima la naturaleza entera de los hombres, encarnando en su ser amor, caridad y fraternidad, y dejando el odio en el desventurado cerebro de los desequilibra-

dos. ¡Desgraciados de aquellos que alimentan su alma con tan amargo placer!

La educación es una nueva naturaleza que moldea y dulcifica nuestros sentimientos como lira mágica, y nos dice que el amor solamente puede ser causa de todo bien; por la educación y cultura puede adquirirse la convicción de cuanto significa la bondad del trabajo, creándose en honrada y justa lucha nuestros medios de existencia; cómo por el amor la justicia se engrandece y humaniza, huyendo y despojándose de odios y rencores; cómo por el amor la caridad cristiana ensancha su esfera de acción, mientras que el odio siempre produce los efectos tóxicos de todo veneno; el amor abre los brazos á todo bien, y la educación alumbra, como faro mágico, todas sus bellezas y hermosuras, refrena al egoísmo y afirma la fraternidad.

Toda escuela que busca soluciones dañando y perjudicando al prójimo, no es más que una débil consecuencia de principios de cobardía y falta de valor para dar solución á problemas que por medios racionales son más fáciles; es una obcecación y duda de cuanto puede la propaganda y práctica de aquellas cuestiones que el que está plenamente convencido lleva la convicción á los demás; por esto afirmamos, sin la duda de equivocarnos, que en la educación pública es donde únicamente está la muerte de todo error filosófico; porque si es cierto que en los conocimientos físicos y naturales la humanidad progresa, no sucede lo mismo en las

cuestiones de Lógica moral, sin duda porque sus grandes problemas no se plantean bien, ó si se plantean no se discuten con amplitud de miras; es decir, que sólo poniendo á la mayoría de las inteligencias de la nación en condiciones de poder dirigir y plantear problemas de moral, pueden tomar asiento en la sociedad las doctrinas predicadas por Jesucristo hace diez y nueve siglos, y que apenas hay algo hecho de lo que El sellara con su sangre en las cimas del Calvario; porque ¿nos amamos como hermanos? ¿Practicamos la humildad y la justicia como El nos la enseñara? ¿La pobreza se practica por los encargados de enseñarnos su doctrina como Él lo escribiera con su santa sangre?

A fe, á fe, que si la santa doctrina del Mártir del Calvario se practicase y enseñase con los dones de bondad, humildad, pobreza, fraternidad y caridad que El nos dejó escritos con su ejemplo, los odios y rencores sociales que se generan en los escondrijos del favor y de las desigualdades, perderían sus razones de venganza y la vida se haría más fácil y agradable, viniendo el reino de la fraternidad y del amor á tomar asiento en la sociedad.

Se impone de una manera absolutamente precisa llevar á la enseñanza el conocimiento de la Moral universal despojada de toda preocupación, que el Bien practicado y enseñado convenientemente, es como el Sol, que reanima y fecundiza todos los elementos de vida.

Estudiemos Matemáticas, Historia natural,

Geometría y cuanto sean conocimientos útiles, pero tengamos como conocimiento principal el estudio de nosotros mismos y cómo debemos conducirnos en la vida para hacerla fácil y agradable para nosotros mismos y para nuestros semejantes.

XVIII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD ANTE LA PATRIA

A la Patria no se la ama gritando y con alharacas de mal gusto; se la sirve y se la honra poniendo toda nuestra voluntad para que en ella resplandezca la mayor cultura y educación, y, por tanto, que siempre la Justicia y la Equidad sean el espejo de sus altas determinaciones como consecuencia lógica del estado general de la conciencia.

Se la sirve, llevando esos elementos redentores á la Ley, que sentida y sancionada por todo ciudadano, tendrá un altar respetuoso en cada uno.

Se la sirve cuando no prevalecen los egoismos ni prosperan los favores y cuando el bien general es tan querido y respetado como nuestro propio bien.

Se engrandece la Patria cuando todos los ciudadanos sienten orgullo y satisfacción en servirla, porque si en la lucha se lesiona ó perece alguno de ellos, sus otros conciudadanos habrán

de ampararle y aromatizarán sus dolores con la pública consideración.

A la Patria se la sirve haciendo que prevalezca la *verdad*, que debe ser el ídolo de todos, porque quien sirve á la verdad contribuye á realizar el *bien*, aliento y vida del progreso humano.

La riqueza es la resultante del trabajo, de la economía y del orden, y el bienestar material no está absolutamente separado de la felicidad moral, luego fomentando la riqueza nacional se contribuye directamente al bien particular é indirectamente al bien general.

Cuantos esfuerzos se hagan por fomentar las buenas costumbres, procurando que la vida nacional se desenvuelva en todas sus manifestaciones dentro de un marco ajustado á la moral, se ayuda á la prosperidad pública y se dan pruebas de amor patrio, porque el heroismo, los sacrificios de todas clases que tienen por bandera toda idea en la Caridad, en el Arte, en la Ciencia, en la Justicia, en la Política, en la Administración pública, en el fomento de la Cultura, y, en suma, en el engrandecimiento de la Madre Patria, es levantar los brazos al Cielo para ensalzarla y hacerla digna de los hijos que así ennoblecen el más alto concepto de la familia humana.

La cultura influye en la marcha de los pueblos de una manera decisiva, porque los respetos mutuos se refuerzan; todo lo que es bueno, tiene apetencia en nuestros sentimientos y de

igual modo rechazamos todo aquello que puede molestar á nuestro prójimo; y pueblo que toma como línea de conducta la equidad, el triunfo de la Justicia está asegurado, y cuéntese que es tan inmenso el bien que esto supone en la vida nacional, que desde luego la paz será un hecho y el desenvolvimiento de la actividad toda será armónico y progresivo, sin bruscas sacudidas que interrumpan su marcha, porque la arbitrariedad y el favor son los más crueles enemigos que tiene la sociedad, y al amparo de sus desigualdades se generan los irritantes odios que encarnan en los postergados, mientras que reinando la Justicia ninguna de las terribles enfermedades sociales que fomenta el favor tienen razón de ser y fortaleciéndose la conciencia social con la práctica de la Equidad y de la Justicia, todas las bondades del alma humana florecen, y las diferencias que puedan surgir se resuelven en serenas discusiones y ante el tribunal de la razón; las guerras resultarían sólo recuerdos de ensangrentadas páginas de la historia, á la cual pasarían para ser maldecidas y condenadas por una sociedad más honrada, más caritativa con un prójimo á quien ni ofendió ni de él fué ofendido, y al reino del rencor y del odio sucedería el del amor y el de la fraternidad.

A la Patria se la quiere y se la sirve fomentando todo cuanto pueda ser útil y provechoso, tanto en el orden material como en el orden moral, y si un pobre merece santa compasión, no menos digno de ella es el ignorante, y este as-

pecto de la caridad, consignado en el código de los principios morales de la religión cristiana, no lo tenemos bien sentido, desde el momento que la caridad la sentimos más intensa en las necesidades materiales del cuerpo que en las imperiosas del cultivo de la inteligencia.

Los pueblos son más grandes por su cultura y su instrucción que por la mayor ó menor suma de población; por tal motivo, como engrandeciendo por el estudio al ciudadano se engrandece á la Patria, quien más contribuya á tal desarrollo más la sirve y mayores pruebas da de patriotismo. El que más sabe más vale, y las ideas del sabio son siempre luz y las del ignorante tinieblas; el reino de la felicidad está fabricado sobre la cultura y la instrucción, mientras que los antros de la miseria y de la desventura son la natural consecuencia de la ignorancia. El pueblo en que la mayoría de sus hijos tienen cultura suficiente para poder formar claro concepto de cuanto á la Patria le debemos y lo que esto significa, tiene mucho adelantado para que los preceptos de la Justicia prevalezcan; la historia de aquel pueblo será un manual de enseñanzas para todos; los consejos de la ciencia serán escuchados con veneración y seguidos cual corresponde; la Industria y el Trabajo darán más fecundos resultados, y los bienes morales y económicos, en fraternal armonía, servirán á la felicidad general, enjugando necesidades sociales y fomentándose en honrosas especulaciones.

La Patria tiene su alma difundida entre todos

sus hijos, y tiene sus tradiciones, y sus artes, y sus glorias, y sus dolores, su religión y su modo peculiar de ser, y los que la sirven y la aman la embellecen y la agrandan con las inspiraciones del arte.

Con la cultura y educación decimos que sirve grandemente á la Patria, porque las glorias alcanzadas por la inteligencia superan á las conseguidas por el esfuerzo material, puesto que sólo por la inteligencia del hombre se pone á nuestro servicio las fuerzas naturales, mundo no bastante conocido y del que por el estudio tenemos derecho á esperar grandes maravillas, tanto en las ciencias del orden social como en las del orden físico.

Ensanchando la esfera de la cultura y educación se abren más claros horizontes á la Religión del amor y del perdón, por quien el Redentor del mundo sacrificó su existencia y se dejó maltratar de los hombres; sólo por tal camino las grandes ideas de la Libertad, Igualdad y Fraternidad, que tan maltrechas andan hoy por el egoísmo, podrán algún día inscribirse en la bandera de la Patria, ya que la de la Religión va comprendida en esos sagrados conceptos.

XIX

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD PARA EL ENGRANDECIMIENTO DE LA PATRIA

No puede negarse que la educación general es la que impulsa y engrandece la actividad nacional, que es la generadora de toda riqueza y de todo cuanto significa desenvolvimiento de energías en sus múltiples aspectos.

Para que un pueblo resurja en todo su esplendor se impone como condición indispensable hacerle apto, poniéndolo en condiciones de hacer.

La actividad general de un pueblo es como todo lo que significa vida; surge de todas partes y en todas formas; es una fuerza latente que todo lo puede y todo lo domina y somete; todos sienten anhelos de avance, y la decisión de cada un ciudadano toma carácter general; y en tal situación los Gobiernos sacuden su pereza, obligados por las fuerzas irresistibles de la opinión pública, prevaleciendo el imperio de la Justicia sobre los dictados del favor y de la arbitrariedad.

En estas condiciones de cultura y educación únicamente es como la Industria y el Comercio son poderosos, y sin cesar se abren derroteros no soñados y veneros desconocidos de riqueza.

Entonces es cuando la Agricultura es fecunda y utiliza las condiciones utilizables del suelo y del cielo; entonces, decimos, es cuando las energías solares se aprisionan en el organismo vegetal en forma de sabrosísimos azúcares, de resistentes fibras, de nutritivas féculas, de olorosas esencias, de aceites exquisitos ó de endurecidas maderas, arrancadas ordenadamente de fertilísimas selvas; entonces puede la ciencia aconsejar modos científicos de cultivo y de riegos apropiados, deteniendo las aguas torrenciales de las lluvias y encauzar los ríos, y alumbrar las del subsuelo y provocar, por la evaporación de las mismas y de la vegetación, lluvias más continuadas y temperaturas menos extremas, y fomentar la riqueza de la cría de animales, que tan poderosos auxiliares son de la Agricultura, y con todo ello se engrandece la Patria, porque entonces, aumentando la riqueza, se detendría la emigración y acaso muchos expatriados regresarían á gozar y fomentar el bien por todos creado.

Las Artes se ennoblecerían, contribuyendo á dar vida á esa nueva era del trabajo y de la riqueza, tomando motivos de inspiración en las nuevas manifestaciones, que allí donde reina el bienestar y la cultura, los gustos se afinan, y

las artes, con sus hermosuras, contribuyen poderosamente á la cultura pública, y, por consiguiente, al engrandecimiento y prosperidad pública.

Es cuestión de fe en el porvenir y de absoluta confianza en los resultados; nadie debe dudar de que poniendo cada uno todo cuanto le es dable para conseguir su bien sin perjuicio de su conciudadano, fomenta el bienestar general por igual causa que los ríos se forman de las menudas gotas de la lluvia y porque un bien no lo es para uno solo, sino para todos.

La Fe religiosa, ciega y dicidida en sus empresas, ha movido á la Humanidad en mil sentidos, edificado y derribado imperios, como si fueran castillos de naipes, ejecutado empresas inconcebibles, levantando templos maravillosos por toda la superficie del planeta; ha creado instituciones poderosas; el Arte, puesto á su servicio, ha dado producciones divinas en sus mil manifestaciones; todo, producto de generaciones y generaciones con la misma idea, siempre fija y decidida en un fin más puro, en ese eterno fin del más allá de la vida.

Y decimos nosotros: cuando un pueblo tiene fe en que la cultura y la educación llena fines tan hondos como el de mejorar y facilitar la vida y que hasta para conocer á Dios y adorarle y amarle con más exquisita sensibilidad ese es el mejor medio, no comprendemos cómo esa fe decidida que levantó templos á millares en holocausto de puros ideales, que crea sin cesar cen-

tros de recreo, que levanta plazas de toros por todas partes, inspirándose en los beneficios que da el engrandecimiento de toda la actividad humana, no crea escuelas como templos, como los espléndidos centros de recreo y como la infinidad de circos taurinos que nuestra raza levanta donde quiera que puebla un pedazo de territorio.

En esta empresa, única para engrandecer este pedazo santo de solar llamado España, no debe haber exclusiones, como tampoco las hay en el seno de la Religión para niños, jóvenes y ancianos, y así como la madre siente ansia de llevarnos de la mano al templo para consagrar nuestra existencia á las virtudes religiosas, de igual manera y con igual fe debe inclinarnos á seguir el camino de la cultura para podernos hacer mejores y más hábiles para las luchas de la vida, con lo cual á la Patria se la engrandece y á la Religión se la refuerza al vigorizar la inteligencia.

Al servir á la Patria, siendo mejor cada uno de sus ciudadanos, se la libra de los infinitos males que padece, los cuales, al calor de la nueva savia, se separarían de las corrientes de vida así producidas, como las resecas cortezas del árbol añejo cuando dejan de hacer papel en el desarrollo general.

Las circunstancias actuales del país reclaman hechos, no escarceos más ó menos felices de oratoria; miras beneficiosas á los intereses generales de la nación en la obra legislativa y no

el predominio de intereses parciales y egoísmos; hay que romper poco á poco los viejos moldes y acomodarnos á las nuevas exigencias con verdadera fe de salvarnos, y sin esa circunstancia, cuando menos, retrasaremos el día á que todos anhelantes debemos aspirar.

XX

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA FORMACIÓN DE LAS LEYES POLÍTICAS Y SOCIALES Y EN EL RESPETO Y ACATAMIENTO QUE LAS DEBEMOS

Para que la ley que ha de regular la vida social y que al objeto formula merezca tal nombre, es preciso que sea profundamente sentida por la mayor parte de los ciudadanos que han de cumplirla y que vengan á llenar una necesidad; sin estas condiciones será una regla escrita que no se cumplirá, que no pasará de la categoría de proyecto, y, con lo cual, el legislador sufrirá un gran desaire en su autoridad, con detrimento de la majestad del Estado.

Las condiciones de toda ley social estarán en relación directa de la cultura pública que la formula y la sanciona; será la viva expresión del sentimiento general, y de ahí la inmensa ventaja de que la cultura popular alcance al mayor número posible de ciudadanos y que sea tam-

bién lo más intensa posible, porque todos, absolutamente todos los aspectos de la actividad pública gozarán de las ventajas de la cultura; en esto precisamente se funda el axioma político de que cada pueblo tiene el Gobierno y las leyes que se merece; ni tampoco puede ser otro, porque si fuera *mejor*, como la conciencia pública no estaba preparada, no sabría cumplirla; y si fuera *peor*, provocaría inmediatamente las reformas necesarias hasta que la acomodara á sus necesidades sentidas.

El legislador oportuno que pulse con acierto la opinión pública, formulará la ley de manera que condense las necesidades que aquélla reclama, é inclinándola siempre en el sentido del progreso y del avance, sin traspasar los límites de la prudencia, á fin de no avanzar demasiado ni quedar rezagado tanto que merezca el dictado de retrógrado y enemigo del progreso; he ahí el sentido más difícil que dió nombre á los grandes legisladores de la Historia; el arte de la medida y de la oportunidad, dando forma apropiada á la opinión pública con arreglo á la cultura y exigencias, en cada momento y lugar, sin perder de vista la fuerza de la historia de cada pueblo, que no debe olvidar un solo momento, so pena de hacer una ley contradictoria á la voluntad social que ha de cumplirla, es de todo punto recomendable.

Cuando el legislador comprende que la opinión pública no está preparada para recibir una ley ó una reforma, procede siempre la propa-

ganda en las ciudades, en la Prensa y en los *meetings*, hasta que la encauce y la eduque lo suficiente para que se convenza de las ventajas que la nueva regla encierra, y cuando haya arraigado y tomado fuerza de manera que sea una necesidad sentida y que palpite su conveniencia, es cuando procede darle forma y sanción para que sea cumplida.

El respeto que á la ley tiene un pueblo marca como un termómetro su grado de cultura. ¿Qué importa que en España tengamos ley del Derecho electoral, si la gran masa de la población ignora la santidad y la importancia que encierra? Por eso lo ve vulnerar con impasibilidad: la ley del Jurado no puede tener más alta misión social, pero cuando el tribunal lo forman personas de escasa cultura, sus veredictos son verdaderas monstruosidades; hay leyes que regulan los preceptos de la higiene, pero no se cumplen porque la cultura pública no ha llevado á la convicción de los ciudadanos las ventajas que reporta; hay ley de Montes, pero los bosques y las selvas desaparecen velozmente, porque la gran mayoría de los españoles ignoran sus beneficios; hay una ley de Caza que en su letra ampara las aves útiles y, sin embargo, la devastación con que las gentes las persiguen, amenaza su total exterminio, porque no saben que ellas son las que impiden más de una plaga que aniquila nuestra agricultura; hay ley de Pesca, y desaparece dolorosamente de nuestros ríos sin que haya mano protectora que lo impida, y para

qué seguir enumerando, hay leyes para todo, pero para un ciudadano español es harto agradable barrenar y vulnerarlas; ¿sabéis por qué?, porque no se han generado esas leyes en la conciencia pública; porque su escasez de cultura no ha podido filtrarse en las tres cuartas partes de la población analfabeta; porque para el ignorante no existe una ciencia que se llama ciencia de los Principios ó Filosofía; porque no sabe que existe la Moral, ciencia del Bien; porque desconoce la Caridad, la Justicia, y desconoce á Dios porque ignora las Supremas Bondades que de El se derivan y vive eternamente amarrado en la mazmorra donde la luz verdad no penetra; pueblo que desconoce la ciencia del Bien, mucho menos aprecia sus reglas y vive ensimismado en su dolor, indiferente á sí mismo y desconociendo el fondo moral que le dió forma á la ley que regula la vida social, no puede tampoco merecerle respeto alguno, y de ahí el que la mayoría de los españoles no se lo tengan y la vulneren.

Lo repetiremos una vez más: para que la ley tenga toda la fuerza moral que exige su cumplimiento, es absolutamente preciso que conviva y sienta la necesidad la opinión pública, y cuando en tales condiciones recibe su sanción, entonces cada ciudadano será un guardián valeroso que, en unión de la voluntad de los demás, se obligarán á respetarla y cumplirla; más claro: todos tendrán interés y respeto en que sus preceptos se practiquen.

Es de toda necesidad que la cultura sea sufi-

ciente para que penetre en todos y cada uno la razón fundamental que motiva la ley; es decir, que sea no sólo sentida, sino también comprendida en toda su extensión.

La majestad del Estado se fortalece cuando la cultura de la sociedad política respeta y obedece sus determinaciones. La verdadera autoridad está, no en la fuerza material, que es el último recurso á que el Estado acude para que sus determinaciones se cumplan, sino en que se hagan efectivas voluntariamente por el peso que las imprime la razón. Ahora bien; el cumplimiento de la ley no puede quedar á la mera voluntad del ciudadano, y como uno de los fines principales del Estado es el de dictar la ley y hacerla cumplir, de ahí que exija imperativamente que sea cumplida de una manera voluntaria ó forzosa.

Como la bondad y el cumplimiento y respeto á la ley arranca de la cultura social, es evidente que una de las primeras exigencias de la sociedad es la de que sus ciudadanos todos, á ser posible, alcancen un grado tal de enseñanza y educación que puedan formar claro concepto de los derechos y obligaciones que cada uno ostenta por el solo hecho de vivir en sociedad política constituída.

Por carecer de ella, prospera el caciquismo en España y se mira con indiferencia el quebrantamiento de las leyes; por igual causa la acción del Estado, al pedir el cumplimiento de las mismas, resulta débil, porque en sus ciudadanos no

hay todo el vigor que necesita su acción; por eso el espíritu público ve indiferente el abandono con que son atendidos los Hospitales, en su mayoría las Casas de Maternidad, cuyos relatos de algunas provincias son espeluznantes; las cárceles, en vez de correccionales, son lugares de martirios humanos; los cuarteles no bien atendidos; la justicia aplicada con irritante desigualdad; la Administración pública deficiente; la enseñanza mal tenida, y en su mayoría fuera de la vigilancia del Estado, y así debe suceder, dado nuestro atraso, y del que Dios sabe cuándo saldremos, dada la lentitud con que en este sentido marchamos.

¿Qué de particular tiene que en tal situación de ignorancia las leyes no sean respetadas por quienes ni pudieron comprenderlas ni pudieron ser consultados? La mayoría de los ciudadanos españoles ostentan derechos cuyo valor desconocen, ¿qué mucho que hagan mal uso de ellos y hasta sea un daño para sus intereses? Se les ha dado un arma cuyo uso desconocen.

Por tal motivo, vivimos engolfados en ese estado de penuria y malestar, sin percatarnos de la cantidad de injusticias que nosotros mismos amparamos y fomentamos por efecto de nuestro atraso, y si hubiera una pluma valiente que nos pusiera de relieve ese estado de conciencia social nos asombraríamos.

Acaso en eso mismo estriba la inestabilidad de nuestra política, con gravísimo daño de los intereses nacionales.

Vamos á terminar. El respeto á la ley, á Dios y á los hombres es cuestión de enseñanza y educación, y mientras el 70 por 100 de los españoles sea analfabeto, ese mal no tiene cura.

El triunfo ha de venir de los maestros de escuela, y á todos incumbe la solución.

XXI

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LOS ASUNTOS DE INTERÉS GENERAL

La fe y el convencimiento de una cosa, cuando es conforme á la verdad, son siempre de resultados fecundos; cuando la fe se asienta en el error, con el mayor buen deseo obtenemos funestas consecuencias.

La educación de nuestra voluntad, bien dirigida, investiga y saborea la verdad, goza en su gestión; y por la gimnasia de la inteligencia encuentra soluciones naturales, sin esperar una acción extraña á la suya; *hace*, porque sabe que de su actividad únicamente es de la que lo espera todo.

Por tal medio investigamos y conocemos que la lluvia es un fenómeno físico de leyes concretas, indefectiblemente invariables, como es indefectible é invariable la Causa que la genera; que los movimientos del suelo, que el Sol, la piedra, el átomo, la vida y cuanto *es*, tiene necesariamente que estar sujeto á leyes de esa misma naturaleza, y precisamente en su *constancia* se asienta la Ciencia.

Cuando la conciencia pública sabe que las cosas son *de un modo*, y que volverán siempre á serlo, tan luego concurran las mismas causas, tiende á encauzar previsoramente cuanto pueda originarle males y daños; aprovecha las fuerzas utilizables que la Naturaleza le brinda; toma buena nota de lo que *puede*, auna sus energías, y sólo pide ayuda á los demás cuando los obstáculos son de tal magnitud que no pueden vencerlos.

Los pueblos que tienen conciencia de sí mismos, la limosna les repugna y reclama la cooperación como un deber de convivencia social, la misma que están dispuestos á devolver cuando las circunstacias lo reclamen.

Entienden como un sagrado deber nacional la propagación de la cultura, y no sólo esperan la fuerza directriz de los Gobiernos, sino que teniéndolo todos los ciudadanos como un deber de solidaridad, todos contribuyen, porque todos saben que la unidad de acción es la única que puede salvarlos, y porque todo ciudadano es una cantidad que ha de valorarse en la totalidad, en razón directa á su cultura, inteligencia y utilidad, y el bien general es proporcionado á la cultura de todos.

El desarrollo de la Industria y su perfeccionamiento á todos incumbe, porque es una actividad que produce riqueza, y, por consiguiente, beneficios, de los que, en más ó en menos, cada uno disfruta una parte, y como tal enseñanza está bajo la salvaguardia pública, cuya conservación está encomendada á su cultura.

Los pueblos que así piensan son amparadores de los animales útiles, y las leyes reguladoras para sus beneficios tienen el poder y la fuerza de la masa total; los árboles, jardines públicos y montes, dirigidos y atendidos con inteligencia; los ríos, utilizadas sus aguas y sus fuerzas; las bruscas corrientes pluviales, á fin de evitar los desastres que á cada momento lloramos, modificadas en forma que atenúen notablemente sus efectos; pero para ello todos los terratenientes, en posibles perjuicios y beneficios, están obligados proporcionalmente á los bienes que poseen, á contribuir á la obras de común beneficio; y tal fuerza tiene en todos esta obligación, que todos espontáneamente se unen para ejecutarla, puesto que ellos son los primeros y más interesados en su ejecución.

Las provincias litorales de Holanda nos dan un ejemplo de lo que venimos exponiendo. La lucha que aquellos intrépidos habitantes sostienen es gigantesca; luchan nada menos que con las invasiones del mar. El suelo que cultivan está en muchos puntos por debajo del nivel de las aguas. Tan poseídos están del valer de su esfuerzo, que cuando Bismarck rindió en 1870 á los franceses, restándoles dos provincias, ellos exclamaron orgullosos: «esas dos provincias han costado muchísimos miles de hombres y casi la ruina de dos grandes naciones; nosotros, trabajando con asiduidad y constancia, y sin costar víctima alguna, hemos arrancado el mismo terreno, aproximadamente, al mar, sin costar una

sola lágrima, como no sean las de la admiración de nuestro esfuerzo».

Cuando tales prodigios nos presenta la realidad de lo que puede la voluntad de los hombres unidos por un fin determinado, no hay más remedio que entristecerse al ver lo que nos sucede con las inundaciones.

Si todos los terratenientes de las zonas inundables se unieran, en virtud de los beneficios que á todos reportaría, ¿no es cierto que si no en cinco, en veinte años nos libraríamos de esos desastres, ó cuando menos los atenuaríamos de una manera notable, haciendo las obras que la Ingeniería aconsejara? ¿No es doloroso que nadie se acuerde del remedio hasta que el mal nos aplasta? Los Gobiernos los formamos *todos*, y son esencia de nuestra esencia; aquel que no quiere hacer esfuerzos por salvarse, es muy difícil, si no imposible, el que se salve. Las necesidades que me acosan, nadie como yo siente sus mordiscos, y á nadie le interesa tanto como á mí el librarme de sus efectos.

En un país en que todo lo ha de hacer Dios ó el Gobierno, no habrá nunca cauces que mitiguen estos desastres, ni obras hidráulicas que los modifiquen, ni repoblación de montes, ni progreso agrícola: las plagas no serán detenidas, porque todo el mundo destroza los animales útiles y nadie se interesa por aplicar los medios apropiados para impedirlas.

La Naturaleza es inflexible en sus efectos, no retrocede; cuando los pueblos tienen voluntad y

actividad y cultura, en vez de esperar el remedio del Cielo, hacen cuanto pueden y saben para conseguirlo; no esperan que el vecino venga á realizar lo que á él sólo incumbe, porque cuando obtenga beneficios, tampoco le llama para que participe de ellos.

Además, una voluntad que no hace para sí ¿qué puede esperarse que haga por lo demás?

¿Qué razón hay para quejarse de un Gobierno al cual no aportamos la vitalidad de nuestras energías y de nuestras convicciones?

Es desconsolador: pero, cuando no se hace lo debido, cuando no se ponen los medios para evitar los daños, tienen que suceder necesariamente.

Hay atonía, tenemos la voluntad muerta, y una de dos: ó nos decidimos á emprender el camino del trabajo con buena voluntad, ó debemos resignarnos á soportar las desgracias de nuestros pecados, porque el tiempo de los milagros no nos es muy propicio.

Hay que confesarlo con valor y decir la verdad á los cuatro vientos; nos falta voluntad, pero no nos sobra tampoco buena fe en las empresas; queremos que el bien se haga, pero que venga de otro; somos ignorantes, y como para no serlo hay que trabajar la inteligencia y hay que esforzarse en hacer y en pensar, nos resulta cómodísimo gritar, como el chico del tío Gandúl, esperándolo del esfuerzo del Gobierno ó del lado de una superstición casi fetichista, que es el dios de la ignorancia y de los haraganes.

El impulso del mundo del Trabajo extranjero explota todo lo más granado de nuestras industrias de todas clases; lo único que queda en nuestras manos es el suelo, y el atraso es de tal magnitud, que asusta, cuando no avergüenza; nuestros cultivos, salvo algunas escasísimas excepciones, son desastrosamente primitivos.

Es verdad que todo está en perfecta armonía con el estado general de la ignorancia de la mayoría del país.

Vamos á terminar: el mal es para todos, y sólo entre todos podemos remediarlo, sin que debamos esperarlo ni de Dios, ni de los Gobiernos, sino de nosotros.

XXII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN RELACIÓN CON LA AGRICULTURA

Desgraciadamente, en España las faenas agrícolas tienen un carácter puramente rutinario, en términos muy generales. Esto se comprende: un 79 por 100 de nuestros labradores no saben leer ni escribir, y los que algo saben ignoran los fundamentos y las causas por qué se desenvuelve la vida vegetal y animal.

Ignoran casi en absoluto que la naturaleza entera es un laboratorio químico donde no hacen más que realizarse asociaciones y disociaciones químicas; que la vida, en su totalidad, no es más que una resultante química de leyes ignoradas aun hasta por los sabios, pero que saben que esto es una verdad indudable.

Cada organismo vivo, y hasta los que llamamos muertos, siquiera estas dos palabras no tengan realidad efectiva dentro de las leyes inmutables de la materia, no es, en suma, decimos, más que un núcleo *sui géneris*, donde la mate-

ria se asocia y se desdobla, determinando una resultante especial que llamamos materia viva; ésta *extrae* y *arroja* en el medio ambiente los materiales necesarios para su existencia, y cuando no los consigue en proporciones suficientes, ó perece ó arrastra un desenvolvimiento incompleto.

Las labores no son más que la exposición del suelo mullido para ponerlo en contacto de los agentes atmosféricos, á fin de que se realicen combinaciones químicas y físicas necesarias al desarrollo de la vida de aquellas plantas que nos proponemos explotar; y es tan cierto lo que decimos, que la profundidad y forma de las labores ni la preparación de abonos se hacen en razón directa á las exigencias del vegetal, pues no es la cava para el perejil, como la del trigo, la remolacha, la altalfa, la viña ó la de un olivar.

Si en la escuela se le enseñaran á los niños estas cosas con sencillez, de manera que viesen la diferencia que existe entre la tierra abarbechada convenientemente y científicamente abonada, y la que no lo está, surgiría, como una consecuencia lógica en su mente, que, si aquellas cosas que la naturaleza tiene que hacer, el hombre puede suplirlas por el arte, aplicando al suelo los materiales de que carece por medio de *abonos complementarios*, al llegar á hombre, con igual sencillez que unce al buey con la coyunda al yugo, cogería la tierra de su heredad, y si proyectaba sembrar una planta determinada, acudiría al libro que todo agricultor tendría, y sa-

bría que para que se diese bien necesitaría tener tal cantidad de humedad, tanto calor, tanta luz, tales cantidades de principios calizos, tantos fosfatos, etc., etc., y como el que va á resolver una ecuación, iría recontando los factores, y cuando le faltase alguno que por su naturaleza no lo pudiese suplir, elegiría otra planta, y su cultivo iría sobre base segura, y también serían seguros los resultados, salvo lo imprevisto; como que, después de todo, la vida de todo ser no es más que la suma de condiciones en proporciones determinadas, y cuando no se cumplen la vida no sucede.

Las cuestiones sencillas de esta naturaleza las resolverían los labradores por simples análisis y comprobaciones químicas elementales que todos sabrían, y cuando las ignorasen, acudirían al químico agrícola Director, que mantendría el Municipio, como hoy mantiene al médico y al sacerdote y al maestro, para que le aconsejara y le dijese: «tu parcela necesita más cantidad de nitrato, de sílice ó de tales agentes químicos si te propones sembrar tal cosa», y el labrador y el Director, con la luz de la ciencia por guía, y aprendiendo siempre de la experiencia, sacarían riqueza donde hoy la miseria impera; brotarían bosques de vegetación en estériles eriales; donde se da una misérrima planta, acaso con un abono complementario ó una labor más profunda ó más apropiada, acaso se darían otros productos más beneficiosos; pero el pobre labrador nuestro es un ciego de nacimiento y ve pasar delante de

sus ojos el mal y el bien, sin que uno ni otro aflijan su semblante ni la risa le matice; vive en la más absoluta indiferencia, como en la que vive el ignorante, y en vez de acudir á poner freno al mal, mira quejumbroso al cielo, esperando una piedad que llegará ó no, pero que, si llega, sucede por virtud del cumplimiento de causas que nada absolutamente tienen que ver ni con él ni mucho menos con sus necesidades; es decir, sucederán siempre que deban suceder.

La ignorancia es madre de la mayor parte de nuestros males, y el labrador que desconoce las leyes que presiden el desenvolvimiento de la vida vegetal y animal tiene por fuerza que ignorar las inmensas ventajas que puede conseguir de su conocimiento.

Vamos en este sentido tan atrasados, que, de no acudir pronto al remedio, la miseria nos matará.

Tenemos calor, tenemos luz, tenemos humedad, tenemos agentes químicos, todo lo tiene la naturaleza; pero ignoramos el modo de utilizarlos, y son tan inútiles en las manos de nuestros labradores, como si diésemos un montón de letras de imprenta á quien las desconociese para que con ellas expresara un pensamiento.

La incultura de nuestra población agrícola es absoluta casi; las cosas para nuestros labradores son todas porque Dios quiere, y como todo lo espera del milagro, y éste sigue sin realizarse, puesto que los medios para que se haga los pone Dios en sus manos, y para ellos nada significan,

pues resulta un instrumento perfectamente inútil; llegaros á un cortijo ó casa de labor cualquiera de España, y veréis allí los resultados de la ignorancia: falta de higiene en todo; falta de orden; una indolencia africana propia del esclavo, del ignorante ó del ciego de nacimiento; las labores imperfectas, las semillas como salen, los ganados de cualquier manera, los aperos de labor primitivos y malos, el porte de la gente desgarbado, y para qué continuar, no creo exagerar si digo que la clase más digna de respeto vive tan inmensamente amarrada á su desgracia, que si no se queja es porque ni quejarse sabe; siente el aguijonazo de su dolor con pasividad, y un estremecimiento de amargura es lo que indica su estado de cristalización, empotrada en una ignorancia tan terrible y tan añeja que por caridad cristiana, por deber de humanidad, interesa alumbrar aquellas inteligencias dormidas y sacarlas de su estupor por deber patrio; es el ejército que más nos importa armar y poner en condiciones: azadas, rejas, trilladoras, aperos de labranza y escuelas donde aprendan á explotar el suelo y á sacarle riqueza, y cuando todo eso esté puesto en acción habrá para todas las demás necesidades que la Nación y el Estado exijan; vengan labradores cultos que sepan explotar las energías naturales, y después todos los cañones y fusiles y máquinas de guerra; pero habilitemos antes al trabajador agrícola y perfeccionemos su trabajo, que ese es el ejército más fecundo que debe amar la Nación; ejérci-

to que, noblemente luchando y sudando, alumbrará las aguas subterráneas, sangrará los ríos, desmenuzará el suelo con profundas labores apropiadas, utilizará los medios más económicos que le ofrezcan la mecánica, la química, la física, la botánica en la selección de vegetales, la zoología eligiendo animales útiles apropiados, la Industria utilizando medios de transformaciones, el Comercio transportando sus productos y aproximando otros, y cuando el labrador nuestro, por la educación y la cultura de su voluntad, sea capaz de comprender y aplicar esos medios para explotar científicamente el suelo, la Hacienda pública tendrá plétora de medios económicos para atender á los demás gastos que un país reclama; entonces la emigración no tendrá razón de ser, y el ciudadano que, lleno de dolor, deja su querido suelo, volverá á él, porque encontrará medios de vida y de existencia; el primer ejército tiene que ser de maestros que iluminen é instruyan y habiliten hombres para trabajar con conciencia de lo que ejecutan; sin esto, todo será tiempo perdido. ¡Pobre labrador! De ti se reclaman recursos cuyos beneficios ignoras; tú nutres el ejército con tus hijos; tú ofreces la más pingüe suma financiera del Estado; tú riegas con tu sudor el suelo que á tu modo fecundizas produciendo los medios de existencia de tu Patria entera; tú que produces y elaboras la miel de que vive la sociedad te nutres de los despojos; la Universidad y la ciencia que mantienes no ilustrarán á tus hijos, y, finalmente,

llevas la cruz sin cirineo, sin quejarte y sin que puedan salir de tus hijos á representarte en las Cámaras hijos que conozcan tus dolores, tus amarguras y tus necesidades.

¡Ah! De otra manera se forjarían las leyes si los honrados labradores, de encallecida mano, dictaminasen; entonces sería el templo de las leyes, acaso no tan sabio, pero es seguro que sería más sencillo y tal vez no dominasen pasiones poco conformes con la equidad que hoy predominan y prosperan.

Vamos á terminar: no hay tierra mala, sólo hay labradores ignorantes, y si ellos comprendiesen que más ventajas han de sacar sus hijos en la escuela que guardando las ovejas en esos primeros años de la infancia, y el valor que tiene la cultura, yo les diría al oído: á la escuela, á la escuela, á educarse, á formar centros de cultura, á fomentar las ideas de progreso, que la rutina es mortal y no rinde beneficios. Así se lo diría un hijo de labrador y labrador; la conquista del mundo es tuya, pero las armas que debes utilizar son las de la inteligencia, que, si el suelo es fecundo, es porque antes le ha nutrido la idea, que viene de Dios; trabaja y estudia sin cesar; mejora tu condición; no ambiciones mucho suelo mal cultivado ó abandonado; ten poco sin esos turnos de sementeras; hazle que constantemente nutra tus necesidades; cultiva con intensidad y perfeccionarás tu trabajo y tus rendimientos serán más positivos, pero que fatigue tu organismo tanto el discurso como el esfuerzo

físico, y cuando el doble cansancio incline tu cuerpo para el descanso, se cernerán sobre ti la satisfacción de haber cumplido con tu deber y ayudado á realizar la santa obra del progreso.

XXIII

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD
LA ENSEÑANZA PÚBLICA NACIONAL, ECONÓMICA Y MORALMENTE, DEBE SER GRATUITA, Á FIN DE QUE TODOS LABOREN POR LA CIENCIA Y EL PROGRESO.

A mayor suma de cultura y educación, mayor suma de medios para resolver los problemas de la vida: éstas son siempre cuestiones económicas, y están enlazadas de tal manera con la voluntad y con la moral y con los medios de que disponemos, que más de una vez caemos, atormentados por la imperiosa necesidad, en aquello que más nos repugna y más odiamos.

Muy lejos de nuestro ánimo el que tomemos á la necesidad como disculpa del caído; en resistir, en salvar el escollo, está la verdadera virtud, y nuestra recomendación no saldrá jamás de estos límites; ¿pero se nos podrá negar las atenuaciones naturales de la ignorancia y de la miseria unidas?, ¿habremos de cerrar los ojos de la misericordia para el que, sumergido en las tinieblas de la ignorancia y en las necesida-

des del vivir, tropieza, cae y rueda en los abismos del extravío por causas sociales?

Problema es éste en el que todo el mundo civilizado anda muy alejado de los altos principios de la equidad y la justicia: el Estado, que hace cumplir el derecho de una manera suprema é inapelable cuando el individuo no lo hace voluntariamente, tiene también imperiosa obligación de enseñar y educar al ciudadano para que sea más apto en el cumplimiento de la relación jurídica, en la moral y en la producción económica. Esto debiera estar escrito en el primer artículo de la Constitución de todo organismo político, pues no se concibe obligación sin derecho.

Cuando estudiamos al delito y al vicio, impulsos de piedad y de perdón envuelven nuestro pensamiento anulando nuestra razón, sin que nazca de nuestra alma más que un tremendo quejido para una sociedad sin entrañas, que no se ocupa, ante todo, de proyectar luz, mucha luz, por medio de la educación y de la cultura, en la conciencia de todos sus ciudadanos. Si esto no es un tremendo crimen social, tiene todo su parecido. Los Estados gastan sumas incalculables en los medios de defensa, en el desenvolvimiento de la riqueza, en la Administración de Justicia, etc., y en las cuestiones de cultura y educación, en ese extraordinario y principal problema, que debe ser el primero y mayor capítulo de gastos de un país humano y moral, ocupan un lugar muy secundario, sin calcular

que la inteligencia es la señora que eleva á su más alto nivel todas las formas de la actividad humana, la que, fortaleciendo las energías todas de los pueblos, los hace buenos, ricos, poderosos y justos.

El delito, el vicio y á veces la miseria, son tremendas maldiciones que en su mayoría lloran ese olvido social, que será uno de los baldones de ignominia de que la Historia nos hará responsables.

¿Cuántas virtudes habrán caído en el lodo, porque la miseria las precipitara y la carencia de educación no les permitiese iluminar su voluntad una idea salvadora? ¿Cuánto precoz delincuente, que el hambre le condujo al robo, porque la sociedad no le permitió un lugar de amparo y ayuda en los templos donde se fortalecen las almas con la educación y cultura, que lo que no le dió al calor de la caridad y de la misericordia, se lo tira como á la fiera por entre las rejas que un desalmado guardián le enfrena y le retiene en la cárcel, á la que le da el irrisorio nombre de *Correccional?* Eso es una tremenda responsabilidad social. Pues qué, el delito y el pecado, ¿gravitan lo mismo sobre los que de nada carecen que sobre los que de nada disponen, y el hambre, la miseria y la ignorancia los acorrala? Ya que no cumplamos con nuestros deberes para con la sociedad, seamos siquiera compasivos con las víctimas de nuestros deberes incumplidos. Preciso es que las puertas de la Justicia se abran, y que, en nom-

bre de los caídos, en nombre de los desamparados, reclamemos la atención de los Poderes públicos, como elementos directores, y de la sociedad entera, como más obligada que nadie á que vuelvan su mirada á los que lloran y padecen; á elevar al maestro de escuela á la categoría de sacerdote director y educador de nuestra voluntad; á convertir la escuela en altar sacrosanto, donde se ha de moldear la inteligencia y habilitar á los ciudadanos en la multiplicación de la riqueza procurándole bienestar; en fortalecerle y capacitarle con la educación para saber soportar las contrariedades de la vida, librándole de la miseria, del delito y del vicio; en hacerle ciudadano, respetuoso con la ley, que él mismo forjará y fortalecerá con su rectitud de criterio, y, finalmente, en hacerle útil y bueno.

El estado económico de un pueblo nos dice el nivel de su cultura; el grado de cultura nos da el nivel de su delincuencia y de su degradación moral; y conste que decimos esto, porque, aunque hay pueblos que atienden la instrucción y la cultura más que nosotros, olvidan grandemente la *educación*, que es la dirección de nuestra voluntad al bien; es preciso atender ambos aspectos con igual interés, utilidad y bondad: instrucción, cultura, educación y honradez.

Muchos delincuentes son hábiles, no carecen de cultura, pero no son buenos; carecen de edudación, y por eso, al primer empuje de una necesidad, no ofrecieron resistencia.

Entre nosotros, la mujer es un ser desamparado; la educación que la damos es desastrosa, deficiente é inútil; la orfandad, la soltería y la viudez la colocan en los mayores escollos; se abraza á la Religión, pero la ignorancia y las tempestades de la miseria la arrollan y arrastran de precipicio en precipicio, hasta que, embotada por sus espantos, cae amilanada y sigue cayendo por considerar imposible su redención.

Cambiad la cultura y educación de un país y habréis aumentado sus medios económicos por la fuerza inicial que generará la inteligencia: la educación disminuye la criminalidad y dulcifica las relaciones sociales. La educación y cultura, que debiera ser libre absolutamente, bajo la tutela y dirección del Estado, sin que costase al ciudadano un solo céntimo; que bastase que el alumno se inscribiese en las listas del Profesorado para que se le admitiese en clase como tal alumno, y que lo mismo sucediese respecto al examen; que el título fuese gratis, luego de probada la aptitud científica, práctica y oralmente; *que lo que el Estado pagó por la enseñanza, en todos sus aspectos, sale del fondo común que se recoge de todos los ciudadanos;* que al llegar á la prueba de aptitudes, entre libros, matrículas y derechos de examen, etc., etc., vienen á quedar completamente expulsadas de esa educación las clases más necesitadas, por serles completamente imposible conseguirla económicamente, cuando han contribuído á sostenerla; ¿no es esto una irritante desigualdad?

¿No son las clases menesterosas las más necesitadas de educación y cultura, como su más preciado tesoro, ya que el rico más la considera como adorno que como medio de subsistencia? ¿Es posible que esto suceda y se apadrine en un país que se llama cristiano y habla de caridad? ¿Se puede considerar como fuente de ingresos al Estado la educación y cultura?

Es preciso haber hecho la carrera con pobreza para comprender la fuerza que tienen estos razonamientos.

¿No está pidiendo á gritos justicia el que al desheredado de la fortuna se le obligue á defender la Patria y mantenimiento del orden, y se le excluya de la colaboración intelectual? ¿Quién escala las cimas del Arte y de la Ciencia, sin que preceda una suma de gastos, que de hecho quedan eliminados? ¿No son suficientes las dificultades de la pobreza?

Eso vale tanto como petrificar la inteligencia nacional y excluir de la colaboración las cuatro quintas partes de la población, haciéndola patrimonio de las clases acomodadas: ábranse las puertas de las Universidades y Centros de cultura del Estado gratuitamente á todo el mundo, y entonces, el que no estudie, no tendrá derecho á quejarse; pero convertir la enseñanza en motivos de renta para el Estado, por lo menos, no es político.

La cooperación intelectual, cuanto mayor y más numerosa sea, mejor, y á ella debe concurrir todo ciudadano que se considere apto y ca-

paz para ello, dándole facilidades para que labore.

¿Quiénes pueden estudiar las ciencias navales, militares, ingenieros, médicos, abogados, etcétera, la Ciencia ó el Arte, en suma?

La inteligencia es patrimonio que la Naturaleza regala y hay que darle facilidades para que produzca sus frutos.

Las puertas de la cultura, altas ó bajas, las auroras de la ciencia, tienen que ser como las del sol, que graciosamente iluminen cuanto abarquen: este es uno de los lugares en donde el ciudadano debe entrar como á la iglesia, sin otra condición que la de ser hombre apto y querer. Hay más: de no dar entrada á la enorme falange de los imposibilitados económicamente, se pierden para el mundo posibles inteligencias que podrían fecundizarle en todas las ramas del progreso, y viene á cometerse un crimen de lesa humanidad, ya que toda entera viene á gozar de tales beneficios; por otra parte, los hechos han demostrado que la necesidad ha hecho héroes, y los más grandes adelantos son luminarias de modestísimo origen.

El hecho de que un pobre pueda recibir educación universitaria supone hoy una voluntad excepcional, y no hay derecho á pedir, á quien podría ser útil, martirios ni heroísmos, ni siempre es posible hacerlos.

¿Qué mucho que veamos debilitados los organismos del Estado si allí no pueden llegar los luchadores que se vigorizan con el trabajo y los habilitaría la necesidad? Por lo menos están im-

posibilitados para la demostración contraria.

La Ciencia y el Arte deben ser labor nacional y no patrimonio de nadie, y evitar dificultades para que á su desenvolvimiento puedan contribuir las inteligencias que sientan aptitud para ello, es engrandecerla, ensanchando su esfera de acción, enriqueciendo los veneros del bienestar.

Pedirle al que se prepara para un ramo de los conocimientos humanos que tribute antes de que sea fuente de producción, es contrario á todo buen principio de economía social; sería lo mismo que si quisiéramos recoger la cosecha de los campos al roturarlos y prepararlos para la siembra; hay que esperar su total desarrollo, al que precede siempre toda una serie de operaciones hasta poder disponer en tiempo y forma de sus frutos: tal como se hace hoy en nuestro plan de estudios es completamente falto de lógica; esperemos á que la inteligencia grane y produzca sus resultados, y entonces pidámosle, por medio de tributaciones, que devuelvan al Estado lo que de él recibieran en forma de cultura.

Estas desigualdades legales, no bien meditadas, producen irritantes enconos que al legislador corresponde corregir y á la sociedad el reclamarlas, pues, siendo toda ella colaboradora en las esferas de los conocimientos científicos, también podrían cooperar todas las capas sociales y las leyes serían forjadas más en armonía con las necesidades sentidas en todo el organismo nacional.

Toda desigualdad ó injusticia amparada por las leyes del Estado, debilita su autoridad y la refuerza al corregirlas.

El país que tuviese claro concepto de sus deberes políticos, la enseñanza estaría absolutamente exenta de todo gasto para el que quisiera aprender; bien retribuídos los maestros encargados de esparcirla, para que, satisfechas sus necesidades económicas, pudieran laborar en el progreso de la Ciencia y no cayesen en la abominable especulación económica de publicaciones á que la miseria les obliga, pisando la dignidad profesional y haciendo burda mercadería de las hermosuras del saber.

Si todos los ciudadanos contribuyen, en la medida de sus fuerzas, al sostenimiento de esa carga del Estado, ¿qué lógica puede autorizar esa enorme exclusión, condenando á eterna obscuridad al desvalido y pobre? ¡Ah, Divino Jesús! ¡Hijo de María! Tu doctrina de Igualdad y Misericordia parece obscurecerse con los siglos. Tú levantaste al esclavo á la dignidad de hermano de su señor, y la sociedad actual, cristiana y piadosa á su manera, procede así, condenando al pobre á la ignorancia, hoy que la lucha es de inteligencia. ¿Será preciso que vuelvas á subir al Calvario?

XXIV

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD EN LA DIVISIÓN DE LA PROPIEDAD

La cultura y educación de los pueblos dan el nivel de su poder creador de riqueza, y la moral está necesariamente enlazada con la mayor divisibilidad de los bienes materiales entre todos los individuos que constituyen la Nación: si la capacidad intelectual alcanza una gran extensión, la propiedad se habrá difundido en la misma proporción, porque el sentimiento de independencia acude á la obtención de los recursos económicos para poderla proclamar, y el trabajo ahonda en las fuentes productivas y el ahorro para la formación de ese *haber* que constituye el capital material y moral de la familia.

A mayor número de propietarios, más firmeza y seguridad en la vida del Estado y más florecimiento en todas las ramas de la actividad general.

La educación de la voluntad pública es la que puede producir este fenómeno, porque con ella

se hacen hábiles y aptos para la producción el mayor número de ciudadanos; confraternizados el trabajo y el ahorro, toman cuerpo en las ideas el bienestar y la confianza en sí mismos, lo que significa el esfuerzo propio y las energías de la voluntad dirigida á fines honrados y beneficiosos para sí y para los demás; el orden no puede asentarse más que en un profundo respeto á la moral, y de tal modo se enlaza este aspecto social con la economía, que la mayor parte de las llagas sociales son desequilibrios entre los recursos económicos y faltas de la firmeza que proporciona la educación y la cultura para poder salvar los escollos de la miseria, pues la ignorancia, al no saber redimirse, cae de bruces en la desesperación y en las honduras de la desgracia.

Cuando la propiedad está muy distribuída, las grandes masas de capital no se pueden acumular, y es de advertir que esos grandes desniveles son vecinos de grandes miserias y tienen sus puertas mirando al derroche, al pasar á manos de los que ningún esfuerzo realizaron para reunirlos: así, pues, la mayor distribución de la riqueza es también la mayor suma de necesidades satisfechas y alejadas de la caída, lo que prueba que la moral y la economía son un mismo problema que tiene su solución en la cultura y educación de la voluntad pública, dirigida al trabajo y al ahorro.

Las fuentes de riqueza, cuando el interés está muy distribuído, son explotadas con mayor in-

tensidad y las cargas del Estado llevadas con más equidad; la estabilidad del mismo más asegurada, porque la paz y el orden interesa á todos; por igual razón la Justicia será administrada con mayor rectitud; la Administración pública más ordenada y económica; todos colaboran al progreso humano, porque el florecimiento de la inteligencia le sirve de fundamento en todos sus aspectos. El principio de rectitud impondrá como una consecuencia lógica la obligación de que ni bienes ni hombres permanezcan ociosos; este es un mal gravísimo que obliga á la sociedad actual á llevar un peso muerto de inmensa propiedad territorial que nada produce, que constituye una gran masa de fuentesde riqueza, que el poseedor debe ser dueño y *tenedor* de la misma, en tanto en cuanto sea manantial de producción en su poder; pero que, en buenos principios de alta filosofía social, no tiene derecho á detentar y á conservar en su poder fuentes naturales de riqueza atrofiadas y ciegas para la producción: parece la exposición de tales ideas un atentado á la libertad de dominio, pero si el poseedor de una cosa ejerce dominio sobre ella en tanto en cuanto no perjudica á los demás, de igual modo traerá el progreso á la propiedad á encauzarla dentro de la corriente de la producción; yo, dueño de mi casa, no puedo quemarla, porque perjudico á mi vecino; la ley de expropiación forzosa, aparición modernísima en el derecho de propiedad, es un avance hacia las ideas que exponemos; mi terreno lo necesita la

sociedad y me obliga á que acepte el precio de la misma y *cambie* mi propiedad por el valor que se me obliga á que acepte.

El problema está planteado en el mundo, porque interesa la mayor divisibilidad del territorio y de todo cuanto supone riqueza, á fin de que alcance á la totalidad social, á la comunidad humana; el derecho de invención, la *patente*, es una confirmación de lo mismo; lo que yo descubra, lo que yo produzca intelectualmente, al cabo de un tiempo vendrá al dominio público, puesto que de él recojo los medios intelectuales y los de aplicación del invento, y las ideas para la obra de arte que yo concebí y produje. Y con tal intensidad reclama el progreso modificaciones en ese sentido, que en el palenque moderno está planteado, aunque no resuelto, «que nadie debe gozar aquello que no produjo».

La propiedad amarra al terruño al dueño y crea un estado de ánimo serio y formal; el trabajo y el ahorro le presiden, y si la cultura y la educación informan á la voluntad, un manantial de goces materiales y morales será el ambiente que envuelva aquel hogar, que repercutirá en la resultante política por la multiplicidad de los casos; esto mismo sucede en el orden industrial, comercial, científico y artístico, ya que no sean más que aspectos diversos de producción de riqueza.

El día que la educación y cultura alcancen á todos los ciudadanos, consiguiendo cada uno el mayor grado de potencialidad intelectnal con

respecto á sus propias facultades, también desarrollará el máximun de energías en la obra común del trabajo particular y colectivo, y nadie será gravoso á nadie desde el momento en que todos hagan cuanto les corresponda, y, aunque sea una idea utópica que los egoísmos romperán por los desniveles de equidad que nos trastornan, ese día, decimos, será el día de la plenitud de la Humana felicidad.

Se alcanzará ó nó; el que esto escribe, no pone en tela de juicio la marcha incesante hacia la perfección, y debemos, por sagrado deber, mirar y aspirar á ese ideal como luz y suprema aspiración que, cuando menos, nos consuela y hace mejores, pero que no hay más que un medio si hemos de llegar: cultura y educación, fortaleciendo la voluntad y convenciéndonos de que todos los bienes y milagros que nos han de beneficiar, somos nosotros única y exclusivamente, que de nosotros depende, y es inútil buscarlo fuera de nuestra voluntad y de nuestras propias energías cuanto pueda favorecernos moral y materialmente.

Quizá sea el problema social más pavoroso que la humanidad tiene planteado, y casi el único, el de las cuestiones económicas; entre los que piden y los que ceden hay entablada una lucha á muerte, pero la filosofía y la fuerza que unos y otros ponen al servicio de sus respectivos bandos van aproximándose y siendo menos irritantes las desigualdades que unos y otros sostienen con la terquedad del que la miseria

le muerde y empuja desesperadamente, y los egoísmos del satisfecho con el estado actual de las cosas.

Lector, hay en el problema lagunas inmensas de injusticias y desigualdades por haber la sociedad planteado mal en la Historia las cuestiones; ahí tienen su origen la mayor parte de los dolores sociales que lentamente van desapareciendo, pero que generaciones de víctimas y víctimas caen sacrificadas en el ara de amarguras y desconsuelos que sólo podrán ser redimidas por los desgastes de la lucha y por la luz que sobre los combatientes proyecte la cultura y educación, fundamentos del Progreso, que es equidad, y el Bien, alcanzando al mayor número posible de los hombres.

Obligación tienes, lector, de llevar tu voluntad á esa labor universal, pensando y haciendo lo que todos tenemos deber de hacer, si no quieres ser gravoso á tus semejantes, contrayendo una responsabilidad moral.

La esclavitud se tuvo por un acto de derecho natural, y la filosofía del Bien, alumbrando con energía poderosa la conciencia humana, hizo comprender que aquello era un atentado inmenso á ese mismo derecho y que la libertad del hombre era intangible: otros derechos naturales que deprimían la dignidad humana han ido cayendo al soplo de ideas más puras; no está la sociedad actual exenta de grandes imperfecciones, que la ley del progreso, siempre más justa, la va redimiendo de sus aberraciones; si pudié-

ramos disecar serenamente con el escalpelo de ideas, que al hendirse en el músculo social en que vivimos, no diera al traste con la serenidad de los que gozan de un estado de cosas que, al teradas, les privarían de ciertas condiciones y que nos tuvieran por locos, veríamos, por de pronto, un fenómeno tras otro cómo nos dejarían comprender lo que asentamos: por de pronto, el derecho de propiedad tiene acopladas sus raíces con muchísima más intensidad en nuestra conciencia que el derecho de la vida y de la dignidad personal; es que aquélla nació por el derecho de la fuerza en la conciencia del hombre en los comienzos de la sociedad, y la otra, al calor de la voluntad, inspirándose en principios de equidad y justicia, cuando el dominio de la razón quebraba las primeras aristas del despotismo de la fuerza; aquélla se generó en las negruras de la cueva troglodita, á cuya puerta el hombre primitivo ponía por motivo supremo la facultad de vencer al detentador de lo suyo y de lo que con su poder nadie más que él pudiera utilizar, mientras que las ideas de libertad y de justicia se generan al calor de un sentimiento de caridad y de reflexión piadosa, rehusando para los demás lo que repugnaba á la propia conciencia; aquélla nace á los tirones de la materia, y éstos al beso del amor; luchas de fuerza y pasiones cada día más conformes con los derechos naturales, se distribuyen el campo de combate sin comprender que la Naturaleza es la fuente suprema que todo lo iguala y fecundiza,

que nos dice incesantemente que el bien y la vida de todo ser tiene en ella amplísimos modos de ser satisfechos por igual.

Las aves del campo no tienen propiedad, son dueñas de lo que abarcan; las plantas, cuanto tiene movimiento y vida, se nutren sin tasa de cuanto ella generosamente tiene y les ofrece.

Los problemas sociales, al apartarse en su formación de estas leyes, edificándose sobre los derrumbaderos del *egoísmo*, no hacen más que conmoverse para tomar posiciones estables aparentes, pero que pronto pierden su equilibrio á los golpes del progreso al inspirarse en ideas más justas y más conformes con la equidad.

Tenemos fe en estas teorías, y las fundamos en la cultura y educación de la voluntad que, así dispuesta, es la que columbra con más claridad las hermosuras del Bien y hace dueños en mayor número á los habilitados para crear riqueza, asentando las fases de un interés general, que se traduce en orden y garantía de la seguridad del Estado.

XXV

LEVANTÉMONOS Y HAGAMOS PATRIA

Para conseguir el bien de la Patria no debe haber más que una sola Religión y un solo Partido político, pues todos trabajamos para una sola madre, para España, y en tal sentido, todo el que no siga esa línea de conducta no debe esperar ni la gratitud y aprecio de sus conciudadanos, ni gozar de las inmensas ventajas que supone la resultante del bien común.

Los grandes problemas nacionales no los han resuelto ni los Gobiernos ni la política de éste ó del otro color; los ha resuelto el Pueblo; cuando el siglo pasado, por las mismas fechas que corremos, España quiso librarse del yugo extranjero, no hubo más política, ni más religión, ni más ansia que una libertad é independencia, y como no hubo un solo español, grande ó chico, varón ó hembra, fuerte ó débil, sano ó enfermo, rico ó pobre, que no sintiera el mismo deseo, que no tuviera los mismos anhelos, se realizó uno de los acontecimientos históricos más grandes que registran los anales de las gue-

rras y de las luchas; se consiguió derrotar al tirano y vencedor de Europa en cien batallas; se consiguió la Independencia precisamente porque cada español la sintió con profundo amor en lo íntimo de su alma.

Hoy tenemos frente á nosotros un enemigo tan temible, que si no le batimos en firme, concluirá irremisiblemente con nuestra existencia como pueblo civilizado: ese enemigo que nos envuelve es la *Ignorancia popular*; es tan peligroso, que nos aleja de la concurrencia mundial, que nos impide triunfar en las luchas del trabajo, donde el primer factor es la inteligencia; no nos permite mejorar nuestra actividad nacional porque no pueden ser apreciados los avances del progreso, y todas la deficencias de que nos lamentamos en nuestra Ciencia, Agricultura, Industria, Comercio, Administración pública, costumbres, etc., no son más que el fiel de la balanza, que marca nuestro estado de cultura, que se impone atendamos como el problema más importante y más perentorio.

Nuestras madres, en santo sentimiento religioso, desde que siente en su seno los primeros latidos de nuestra vida, piensan en aquel ser con todos los afanes de su alma para dedicarle al mejor servicio de Dios; que todo su empeño, por todos aplaudido, es en hacerle apasionado cristiano; pero que desconociendo lo que representa la cultura y la aptitud para las luchas de la vida, no sienten ese mismo afán en tan alto grado, porque ellas mismas ignoran los benefi-

cios que reporta, y la que más, se da por satisfecha con una educación oficial harto deficiente, por desgracia.

En el terreno religioso no hay discrepancias. ¿Pero por qué no sucede lo propio en el orden de la cultura y educación pública? La Fe ha levantado templos maravillosos, como los merece la Causa santa á que son dedicados; las expansiones del espíritu han erigido edificios suntuosos; el ataque á la dignidad nacional ha removido todas las energías y motivado colosales esfuerzos. ¿Qué razón hay más poderosa y que más íntimamente se ligue al bien público y que más de cerca toque á la dignidad humana, que la educación y cultura pública, puesto que es la escala que separa al hombre por su inteligencia de los demás seres que carecen de ella? En el caso de la Religión, todos, absolutamente todos, sentimos santa satisfacción á su mayor esplendor; en las expansiones del espíritu todos amamos nuestra voluntad; en la dignidad nacional todo sacrificio es pequeño. Pero, ¿qué Causa puede haber tan santa que pueda ir de la mano de la Religión como la de la educación y cultura general, ni qué placer mayor puede experimentarse que el de que todos los ciudadanos puedan apreciar las hermosuras del Arte, ni qué otro medio hay que pueda levantar más el sentimiento patrio que la educación y la cultura, si hasta para adorar á Dios se impone; si á Dios se le ama y admira más cuanto más se conocen sus maravillas, el Arte no se le puede saborear sino conociéndole;

ni á la Patria se la puede servir mejor que compenetrándose cuantos la componen de cuanto conviene á su engrandecimiento? ¿Por qué razón todos no reconocemos como causa suprema de la salud patria el salir de esta penosísima situación?

Falta un partido nacional único, que le queremos todos, sin distinción de colores, sin más ambición que la de que todos los ciudadanos obtengan la cultura y aptitud suficiente para que la actividad patria se desenvuelva en razón de las exigencias de la vida moderna y de los nuevos derroteros que señala el Progreso en todos sus órdenes.

Grande y hermoso es ganar los goces de la vida eterna, pero no menos santo es conquistar los beneficios del suelo que la Providencia pone pródigamente en nuestras manos para que, con la inteligencia y el trabajo, hagamos fecundo y productivo nuestro suelo, y esto no puede conseguirse sin la previa preparación de la *Inteligencia popular;* hay un solo medio, que es el de que todos entendamos que sólo puede resolverse con Escuelas, Escuelas y Escuelas; poniendo todos un poco nada más de buena voluntad, la Escuela será el altar donde las generaciones venideras irán á educarse y á ser mejor que nosotros, y el maestro pasará, de la mezquina consideración que nos merece, á ser el sacerdote que ha de dirigir y preparar el porvenir de los pueblos.

Si á la mujer se la pusiera en condiciones de

comprender cuánto vale y significa la cultura y educación de sus hijos al nivel del sentimiento religioso, el país estaba salvado, porque el milagro de nuestro florecimiento en la cultura pública sería un hecho y seguras serían también las mejoras de nuestras costumbres. La Política sería más grave; la Administración pública, más honrada; la Religión, mejor entendida; el Comercio, más grande; la Industria, más próspera; la Agricultura, más desenvuelta, más fecunda y más rica; los productos mineralógicos, fundidos y preparados en el país mismo, traducidos y transformados en máquinas de trabajo, y la luz de la inteligencia patria irradiando como foco supremo, el bienestar y la felicidad que proporcionan el trabajo económico, abriendo las fuentes de riqueza que afluirían sobre la Hacienda pública, que á su vez podrían ofrecernos escuadras poderosas que guardasen nuestras fronteras, y bien defendidas estarían nuestras costas, porque los medios serían suficientes, y al mismo tiempo que creciesen nuestras energías musculares, nuestras energías morales ocuparían un primer asiento en el concepto del mundo, que pueblo que produce y sabe luchar en las grandes lides del progreso, es un pueblo valeroso y respetado.

He aquí la nueva Religión, el nuevo Partido político, el Supremo bien que á todos, sin excepción, importa resolver.

Bueno es atender á todas las expansiones del alma, pero es importantísimo que, así como los

pueblos se asocian para la edificación de un templo, de un teatro, de una plaza de toros, de un casino ó de otras mil cosas dignas del mayor respeto y consideración, se asocien para fomentar la cultura y levantar templos para su alojamiento, si es que queremos servir al bien de la patria y á nuestro propio bienestar; que la felicidad no cabe al lado de la miseria y de la ignorancia, cárcel de obscuridad donde no penetran los rayos del bien y donde se anida todo dolor y de todas las mezquindades del alma.

Ofrece verdadera pena ver á nuestros pobres labriegos mirando suplicantes la lluvia de los cielos para obtener de una manera milagrosa la fecundidad de sus campos; todo lo espera del acaso; nada confía á sus fuerzas; precisamente porque las desconoce, no las ejercita, y por eso es débil. ¡Milagro! Todos lo llevamos dentro de nosotros mismos: la cuestión está en saberlo utilizar; la ignorancia está en oposición de la verdad y el ignorante desconoce las ventajas y hermosuras de la luz, las bondades y cualidades del aire, las causas y las leyes que determinan la vida. ¿Cómo pedirle que arranque riquezas que no ve, ni felicidad que puede labrar?

Librar á un hombre de la ignorancia, educarle y hacerle útil y bueno, es librarle de la esclavitud, y no hay acto religioso que le supere; si nuestros pobres labriegos fueran capaces de conocer su situación intelectual, estoy seguro que caerían de rodillas, diciendo: ¡Dios mío, yo os pido que iluminéis mi inteligencia para po-

der serviros y ser provechoso á mis semejantes; en estas tinieblas de mi inteligencia la dicha huye y sólo la desventura me acompaña!

Tales serían sus imprecaciones y tal el imperio de su necesidad, que no pedirían su educación y cultura, sino que la exigirían, y á fe, á fe, que la arbitrariedad y el favor se limitarían, y el reino de la fraternidad y de la igualdad que Jesucristo predicó y selló con su sangre sería un hecho.

XXVI

LA EDUCACIÓN DE LA VOLUNTAD

RESUMEN

Lector amigo; gran voluntad y paciencia demuestras si te has dignado leer hasta la presente página las desordenadas ideas que al correr de la pluma, mal hilvanadas, he podido ofrecerte; en su redacción agoté el buen deseo, y si el acierto no le fué propicio, la buena voluntad le dió calor desde la primera á la última línea del libro.

Suele suceder que hijos entecos y de flaca naturaleza, nazcan y se crien en mullida cuna, cuanto más que lo que has leído, nacido entre las agitaciones del trabajo y sin el reposo que ofrecen los negocios, venga al mundo desnutrido y flaco de todas las galanuras que produce el entendimiento, de las que su padre no podía hacerle heredero de su misérrima cosecha.

Con todo esto, repleto de buena voluntad, puedo decirte lo mucho de que es capaz la constancia y firmeza de resolución; ¡cómo fortalece y reforma nuestras ideas y sentimientos la cul-

tura y educación!; ¡cómo el trabajo, iluminado por el sentimiento, arranca de la informe roca una obra maravillosa de arte cuando las energías del genio lima sus aristas y las reduce al molde de su bello ideal!

¡Voluntad!, tú eres poderosa y encierras incalculables tesoros, y sólo fortaleciéndote por la educación y el trabajo eres capaz de resolver y allanar obstáculos tenidos por irrealizables; tú sola haces fuerte á los débiles y á los fuertes poderosos; das confianza propia al convencido y levantas un altar en cada hombre al ver cómo la naturaleza rinde abundante cosecha al que labra y abona los campos fertilísimos de la inteligencia. Los mártires, los héroes, los hombres de ciencia, el marino intrépido, el sabio, los artistas y los santos no son más que ejemplos de voluntades firmes y resueltas al servicio de grandes ideales.

La fuerza de la voluntad, bien dirigida, es fecunda como los rayos del sol, porque mirando la realidad penetra en las hondas leyes por que se rige; el entendimiento las sorprende, las ordena y generaliza y crea la Ciencia, que á su vez regula el esfuerzo humano, y apoyado en la confirmación de los hechos lleva á nuestra conciencia la explicación de todos los fenómenos que nos hieren, huyendo de nosotros todo lo que no tenga explicación racional, cerrando las puertas á los efectos de engañosas ilusiones, haciendo de la investigación una superior necesidad.

Es una facultad que con el ejercicio aumenta su poder, y de su educación y cultivo depende la felicidad ó desgracia de los pueblos, por cuya razón la filosofía de la enseñanza pública se detiene en este punto, procurando poner al servicio de la misma todos aquellos procedimientos que aviven sus energías, preparando las generaciones á reforzar la confianza que debemos tener en nuestras propias fuerzas; con esto pierde terreno toda idea que no tenga por base el firme propósito de vencer los obstáculos que se nos ofrezcan, y ganando terreno esta idea de nuestro propio valer se libre la batalla de la vida de manera más fecunda, alejando las preocupaciones y fantasmas tradicionales, que, separándonos de la propia realidad, nos achica y nos hace cobardes, esperando nuestra felicidad y bienestar de causas exteriores que entorpecen la verdadera obra del progreso.

Siendo cada ciudadano un observador constante de los propios hechos, la voluntad, puesta al servicio de la atención, libremente va sumando experiencias que aumenta y propaga en la conciencia social, que á su vez ensancha sin cesar el horizonte de la verdad sabida, y ampliando los dominios del conocimiento, cada día es más dueño y señor del mundo en que vive, y levantando la mirada á la Causa Suprema de tanta maravilla, siente llegar á su alma santa devoción á la verdad y hace de ella su Religión.

Si el valer de los pueblos depende de su actividad y su fuerza moral del desarrollo de las

facultades intelectuales, no hay otro camino para conseguirlo que la educación y cultura; medio del cual recibe su mayor engrandecimiento la vida nacional, difundiéndose, por lógica consecuencia, los bienes materiales y morales en el mayor grado posible, puesto que también el mayor número de ciudadanos habrá alcanzado la posible perfección de sus facultades, proporcionando á la comunidad una resultante de bienestar igual á la suma de lo que cada uno de ellos se proporciona.

Ya lo hemos dicho; no basta tener riqueza, como no basta que al ciego le inunde la luz; es preciso que en uno y otro caso estemos en condiciones de poder recibir y apreciar las hermosuras de los colores, y que el tesoro de los bienes materiales nos ennoblezca con los posibles recreos que pueden proporcionarnos, haciendo la dicha y la felicidad de cuantos nos rodean, que hasta las rudezas del egoísmo desgastan y suavizan una voluntad culta y bien educada.

Los tesoros de la tierra desconocidos son desiertos eriales para el que ignora sus beneficios; lo que la Naturaleza ofrece generosamente para el que sabe aprovecharse de ello, son letra muerta para el desgraciado que por su ignorancia la mira con el desconsuelo del que todas las puertas de la desventura le acobardan y deprimen.

La inteligencia no puede desenvolverse más que en un ambiente de libertad para la investigación, y si le salen al paso preocupaciones y prejuicios, sentando falsas premisas, la verdad

se escapa al trabajo intelectual, resultando estéril su acción; por todo lo dicho nos permitimos hacer esta rotunda afirmación sintética: la educación y cultura provocan un estado de ánimo é independencia proporcional á su mayor intensidad y extensión; invita á querer y amar la verdad, despojándonos de todo fanatismo que no sea la confirmación y comprobación de la cosa sabida; la esfera de la ciencia se ensancha al calor de la investigación y los errores se desprenden insensiblemente, haciéndonos más fuertes y mejores, porque nos da idea exacta de que sólo en nosotros está la posibilidad de nuestras venturas ó desgracias; confiando en nuestras propias energías, somos más activos y damos todo el valor que merecen nuestros propios esfuerzos; el concepto de la Moral y del Bien se agranda y fortalece en nuestro ánimo, porque es producto de nuestra propia voluntad, queriéndolo y amándolo; los bienes materiales llegan á nosotros como producto de nuestra labor honrada, calculada y prevista, considerándolos como premio á nuestros esfuerzos; la vida del Estado disfruta de esas energías en bien de la comunidad, resplandeciendo la Equidad y siendo la Justicia y el Orden el anhelo de todos los ciudadanos, que le dan á su vez la fuerza y la Autoridad suprema que brota del sentimiento general del Bien: la actividad nacional es próspera y fecunda, cual corresponde á un estado de conciencia fuerte y seguro de sus actos; la Religión y la Paz aromatizan la vida en la forma

severa y hermosa que la predicara Jesús, y, cuando rendido por las fatigas de la vida entrega sus despojos á la madre tierra, deja detrás de sí la inmensa gloria del deber cumplido como herencia de futuras generaciones, para que la agranden y la afirmen más y más en los santos principios de amor, cultura y educación, trabajo y fraternidad.

FIN

INDICE

Páginas.

PRÓLOGO 7

I. Libertad en la formación de juicios. — Preocupaciones 9

II. Cultura y educación 15

III. Enfermedades de la voluntad.—La pereza. 21

IV. La envidia 27

V. La educación fortalece la voluntad. 31

VI. La educación de la voluntad con relación á la ciencia 39

VII. La educación de la voluntad en el arte 45

VIII. La educación de la voluntad en la religión. 51

IX. La educación de la voluntad y nuestro carácter nacional 57

X. La educación de la voluntad en el niño... 65

XI. La educación de la voluntad en la mujer... 73

XII. La educación de la voluntad respecto á la higiene 79

XIII. La educación de la voluntad en la vida económica 85

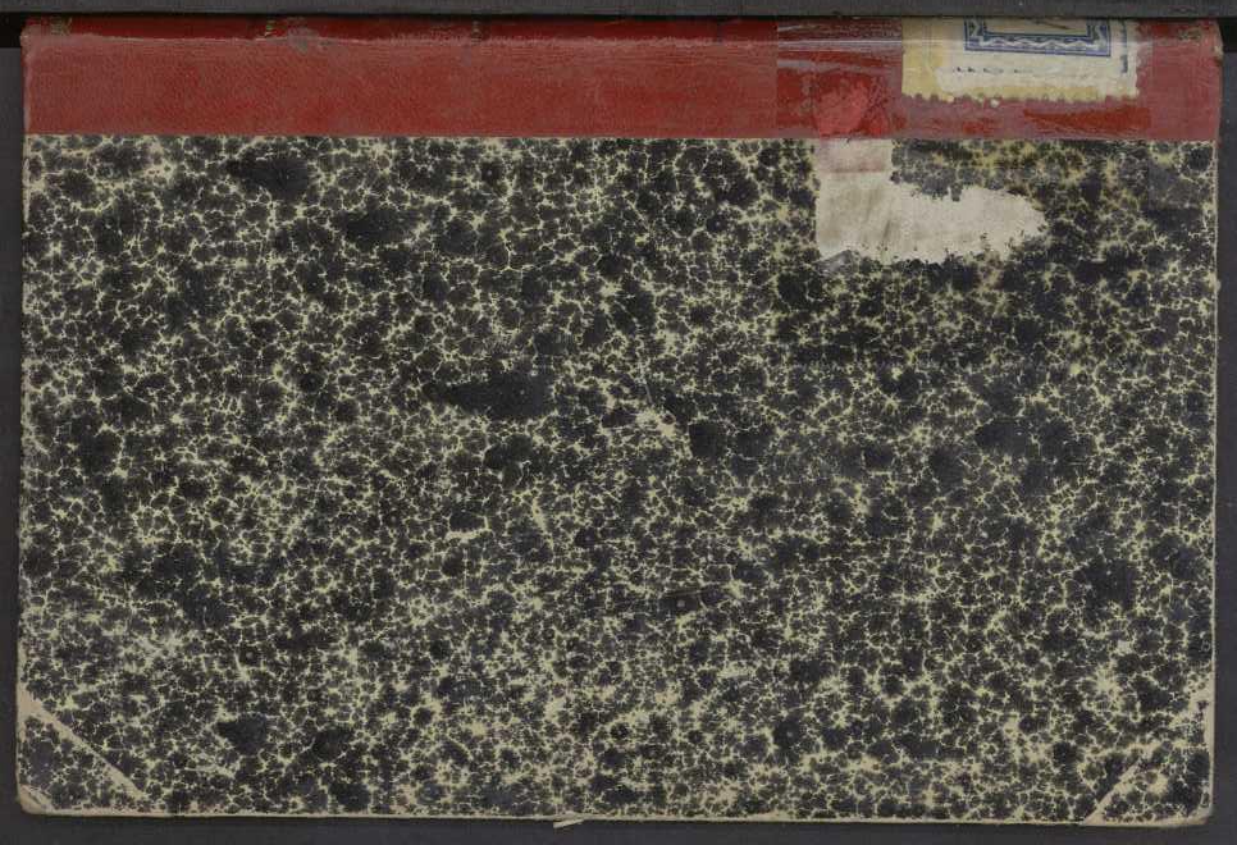
XIV. La educación de la voluntad en las ambiciones legítimas 91

XV. La educación de la voluntad en las costumbres públicas 97

XVI. La educación de la voluntad en la vida pública 105

Páginas.

XVII. La educación de la voluntad en el amor social..... 113
XVIII. La educación de la voluntad ante la Patria. 119
XIX. La educación de la voluntad para el engrandecimiento de la Patria..... 125
XX. La educación de la voluntad en la formación de las leyes políticas y sociales y en el respeto y acatamiento que las debemos... 131
XXI. La educación de la voluntad en los asuntos de interés general..... 139
XXII. La educación de la voluntad en relación con la agricultura..... 145
XXIII. La educación de la voluntad.—La enseñanza pública nacional, económica y moralmente, debe ser gratuita, á fin de que todos laboren por la ciencia y el progreso..... 153
XXIV. La educación de la voluntad en la división de la propiedad..... 163
XXV. Levantémonos y hagamos Patria..... 171
XXVI. La educación de la voluntad.—Resumen... 179



ZURANO

HIGIENE
DE LA
VOLUNTAD

25642